

## Armonía y discordia

El Profeta dio instrucciones para que su recién adquirido patio fuese convertido en una mezquita y, al igual que en Quba, comenzaron a trabajar inmediatamente en ello. La mayor parte del edificio fue hecho de ladrillos, pero en medio del muro septentrional, es decir, el muro de Jerusalén, pusieron piedras a ambos lados del nicho de la plegaria. Las palmeras del patio fueron cortadas y sus troncos se utilizaron como pilares para sostener el tejado de ramas de palmera, aunque la mayor parte del patio se dejó abierta.

El Profeta había dado el título de Ansar, que significa Ayudantes, a los musulmanes de Medina, mientras que a los musulmanes del Quraysh y otras tribus que habían abandonado sus hogares y emigrado al oasis les llamaba Muhayirah, es decir, Emigrantes. Todos participaron en el trabajo, incluido el Profeta, y mientras trabajaban cantaban dos versos que alguien había compuesto para la ocasión:

*“Oh Allah, no hay más bien que el bien futuro,  
ayuda pues a los Ansar y a los Emigrantes.”*

Y algunas veces cantaban:

*“No hay más vida que la del Más Allá.  
Misericordia, oh Allah, para los Emigrantes y los Ansar.”*

Se esperaba que estos dos grupos serían reforzados por un tercero. El Profeta hizo entonces un pacto de obligación mutua entre sus seguidores y los judíos del oasis, constituyéndolos en una sola comunidad de creyentes, pero aceptando las diferencias entre las dos religiones. Musulmanes y judíos tenían que tener una condición semejante. Si un judío era agraviado tenía que ser auxiliado, para defender sus derechos, por un musulmán y por un judío, y lo mismo ocurría si la víctima del agravio era un musulmán. En caso de guerra contra los politeístas tenían que luchar como un solo pueblo, y ni los judíos ni los musulmanes podían hacer una paz por separado, sino que ésta era indivisible. En caso de diferencia de opinión o disputa o controversia el caso tenía que ser remitido a Allah a través de su Enviado. No había, sin embargo, ninguna estipulación explícita de que los judíos debían reconocer formalmente a Muhammad (saws) como el Enviado y Profeta de Allah, aunque a lo largo de todo el documento se le trataba como tal.

Los judíos aceptaron este pacto por razones políticas. El Profeta ya era el hombre más poderoso de Medina y parecía probable que su poder aumentase. No había otra elección que la de aceptar; aun así, muy pocos de ellos eran capaces de creer que Allah enviase un Profeta que no fuera judío. Al principio se mostraron abiertamente cordiales, dijese lo que dijese entre ellos y por muy convencidos que estuvieran de su propia superioridad, la superioridad inmensa e incomparable del pueblo elegido sobre todos los demás. De todas formas, aunque su escepticismo acerca de la nueva religión normalmente se hallaba encubierto, siempre estaban dispuestos a compartirlo con cualquier árabe que abrigase dudas sobre el origen Divino de la Revelación.

El Islam continuó extendiéndose rápidamente entre los clanes de Aws y Jazrach, y algunos creyentes esperaban con impaciencia el día en que, gracias al pacto con los judíos, el oasis sería un todo armonioso. Pero la Revelación advirtió entonces sobre

elementos de discordia ocultos. Fue por esta época cuando comenzó la revelación de la sura más extensa del Corán, Al-Baqarah (La Vaca), que está situada al comienzo del Libro, inmediatamente después de los siete versículos de Al-Fatihah, la Apertura. Comienza con una definición de quienes están bien guiados:

***“Alif-Lam-Mim.  
Ésta es la Escritura, exenta de dudas, como dirección para los  
temerosos de Alá,  
que creen en lo oculto, hacen la azalá y dan limosna de lo que les hemos  
proveído.  
creen en lo que se te ha revelado a ti y antes de ti, y están convencidos de la  
otra vida.  
Ésos son los dirigidos por su Señor y éstos los que prosperarán.”***  
(II, 2-5).

Luego, después de mencionar a los infieles que están ciegos y sordos a la verdad, se cita un tercer grupo de gentes: *“y entre los hombres hay quienes dicen: ‘creemos en Allah y en el Último Día’, y sin embargo no son creyentes. Cuando encuentran a quienes creen dicen: ‘Creemos’. Y cuando están a solas con sus demonios dicen: ‘Estamos con vosotros. Nos estábamos mofando’.*” Eran éstos los irresolutos, los dudosos y los hipócritas de Aws y Jazrach en todos los distintos grados de insinceridad; y sus demonios, es decir las inspiraciones del mal, eran los hombres y mujeres infieles que hacían cuanto podían para sembrar las semillas de la duda. El Profeta fue puesto aquí en guardia contra un problema que de ninguna manera le había preocupado en la Meca. Allí la sinceridad de los que abrazaron el Islam jamás fue puesta en duda. Las razones para la conversión solamente podían ser espirituales, ya que por lo que se refería a las cosas de este mundo un converso no tenía nada que ganar y en muchos casos mucho que perder. Pero ahora había ciertas razones mundanas que podían incitar a abrazar la nueva religión, y éstas aumentaban continuamente. Los días de la total ausencia de hipócritas entre las filas de los musulmanes habían terminado para siempre.

Algunos de los demonios a los que se hace referencia eran de los judíos. La misma Revelación dice:

***“A muchos de la gente de la Escritura les gustaría hacer de vosotros infieles después de haber sido creyentes, por envidia, después de habérseles manifestado la Verdad. Vosotros, empero, perdonad y olvidad hasta que venga Alá con su orden. Alá es omnipotente. ”***  
(II, 109)

Los judíos habían esperado con impaciencia la llegada del Profeta anunciado, no por la iluminación espiritual que traería sino porque podrían recuperar la anterior supremacía que habían disfrutado en Yathrib. Y ahora, para su consternación, veían que era un descendiente de Ismael, y no de Isaac, quien estaba proclamando la Verdad con un éxito que verdaderamente hacía pensar en el Apoyo Divino. Temían que fuera realmente el Profeta prometido, de ahí su envidia del pueblo al que le había sido enviado. Aun así, esperaban que no lo fuese, e incesantemente buscaban la forma de persuadirse a sí mismos y a otros de que no reunía los verdaderos requisitos de un Enviado del Cielo, *“Muhammad (saws) afirma que le vienen nuevas del Cielo, sin embargo no sabe dónde está su camella”,* dijo un judío un día en que se había extraviado una de las camellas del Profeta. *“Yo sólo sé lo que Allah me da a conocer”,* afirmó el Profeta cuando se enteró de ello, *“y Él me ha mostrado esto: la camella está*

*en la cañada que os diré, enganchada a un árbol por el ronzal” (Ibn Ishaq, 361). Algunos de los Ansar fueron y la encontraron donde él había dicho que estaba.*

Muchos de los judíos dieron la bienvenida a lo que parecía ser el final de todas las amenazas de un nuevo estallido de contienda civil en el oasis. Había habido sin embargo ventajas en ese peligro, porque la división entre los árabes había realzado en gran medida la situación de los no árabes, que eran muy solicitados como aliados. Pero la unión de Aws y Jazrach hacía innecesarias las antiguas alianzas, mientras que al mismo tiempo daba a los árabes de Yathrib una fuerza formidable. El pacto de los judíos con el Profeta les permitía ser partícipes de esa fuerza. Pero también significaba obligaciones contraídas de cara a una posible guerra contra la fuerza árabe mucho mayor que existía más allá del oasis: podía haber otras desventajas graves para ellos en el nuevo orden de cosas, conocían muy bien el antiguo orden y estaban tan versados en sus maneras que muchos pronto comenzaron a anhelar el retorno a él. Un anciano político judío de los Bani Qaynuqa, maestro en el arte de explotar la discordia ente las tribus árabes, se sintió especialmente frustrado por la nueva amistad entre Aws y Jazrach. Dio por lo tanto instrucciones a un joven que tenía una hermosa voz para que fuese y se sentase entre los Ansar cuando estuviesen todos reunidos y les recitase algunas poesías que habían sido compuestas por hombres de ambas tribus inmediatamente antes y después de Buath, —la batalla más reciente de la guerra civil—, poemas de injuria a los enemigos, de glorificación de las gestas heroicas, lamentaciones por los muertos, amenazas de venganza. El joven hizo como se le había dicho, y pronto centró la atención de todos los que estaban allí, llevándoles del presente al pasado. Los hombres de Aws aplaudían con entusiasmo la poesía de Aws, y los de Jazrach, la de Jazrach, y entonces ambos bandos comenzaron a discutir entre sí, a jactarse, a insultarse y amenazarse hasta que al final se produjo el grito de *“¡A las armas, a las armas!”* resueltos a recomenzar la disputa. En cuanto el Profeta tuvo noticia de esto congregó a todos los Emigrantes que en ese momento estaban disponibles y partieron sin demora hacia donde las dos huestes estaban ya casi formadas en orden de batalla. *“¡Oh musulmanes!”* dijo el Profeta, y luego pronunció dos veces el nombre de Allah, *“Allah, Allah”*. *“¿Actuaréis —continuó— como en los días de la ignorancia, sin importaros que yo esté con vosotros, que Allah os haya guiado al Islam, os haya honrado con ello y, por ende, os haya hecho posible romper con vuestras costumbres paganas, os haya salvado de la infidelidad y haya unido vuestros corazones?”*. Al instante comprendieron que habían sido extraviados, y lloraron y se abrazaron entre sí, y regresaron con el Profeta a la ciudad, atentos y obedientes a sus palabras. (Ibn Ishaq, 386).

A fin de unir aún más la comunidad de los creyentes, el Profeta instituyó entonces un pacto de hermandad entre los Ansar y los Emigrantes, para que cada Ansar tuviese un hermano Emigrante que fuese para él más cercano que cualquier Ansar, y cada Emigrante tuviese a su vez un hermano Ansar que le fuese más cercano que cualquier Emigrante. Pero él hizo de sí y de su familia una excepción, ya que le habría sido demasiado odioso elegir como hermano a un Ansar en lugar de otro; tomó pues a Ali de la mano y dijo: *“Este es mi hermano”*, y hermanó a Hamza con Zayd.

Entre los principales adversarios del Islam se encontraban dos primos, los hijos de dos hermanas, pero de Aws y Jazrach por parte de padre, teniendo cada uno de ellos gran influencia en su tribu. El hombre de Aws, Abu Amir, a veces era conocido como *“el Monje”* porque durante mucho tiempo había sido un asceta y se sabía que había vestido un manto de pelo. Decía ser de *“la religión de Abraham”* (Ibn Ishaq, 135). *“Pero yo soy de ella”*, dijo Abu Amir, y obstinándose a la vista de la negación acusó al Profeta de haber falsificado la fe de Abraham. *“No lo he hecho”*, dijo el

Profeta, "sino que la he traído blanca y pura". "¡Allah haga que el mentiroso muera en el exilio proscrito y solo!" dijo Abu Amir, "¡Que así sea!" dijo el Profeta, "¡Que Allah castigue con eso al que miente!" (Ibn Ishaq, 411-12).

Abu Amir pronto vio que su autoridad estaba perdiendo peso rápidamente, y se sintió aún más amargado por la devoción de su hijo Hanzalah por el Profeta. No transcurrió mucho tiempo hasta que decidió llevarse a los seguidores que le quedaban, unos diez en total, a la Meca, sin darse cuenta aparentemente de que ése era el comienzo de su exilio.

Su primo del Jazrach era Abdallah Ibn Ubayy, que también se sentía frustrado por la venida del Profeta y que consideraba que le había sido robada no la autoridad espiritual sino el principal poder temporal en el oasis de Yathrib. También él hubo de experimentar la amargura de ver a su propio hijo, Abdallah, completamente ganado por el Profeta para su causa, así como a su hija Yamilah. Pero a diferencia de Abu Amir, Ibn Ubayy estaba preparado para la espera, pensando que tarde o temprano la irresistible influencia del recién llegado tendría que empezar a declinar. Mientras tanto, su política era la de no comprometerse hasta donde fuera posible, aunque a veces lo traicionaban sus propios sentimientos.

En una de esas ocasiones fue cuando enfermó Saad ibn Ubadah, otro jefe del Jazrach, y el Profeta fue a visitarlo. Todos los hombres ricos del oasis habían construido sus casas como fortalezas, y de camino el Profeta pasó junto a Muzaham, la fortaleza de Ibn Ubayy, quien se encontraba sentado a la sombra de sus muros y rodeado por algunos de sus compañeros de clan y otros hombres del Jazrach. El Profeta, por cortesía hacia este jefe, desmontó de su asno y fue a saludarlo, sentándose durante un rato en su compañía. Recitó el Corán y lo invitó al Islam. Cuando hubo dicho todo lo que se había visto impulsado a decir, Ibn Ubayy se volvió hacia él y dijo:

*"Nada podría ser mejor que este discurso vuestro, si fuera verdad. Siéntate entonces en casa, en tu propia casa, y a quien vaya a verte sermonéale así, pero a quien no vaya no le cargues con tu charla, y no te metas en la reunión de quien no lo desea."* "No", dijo una voz. "Ven a nosotros con ello, y visítanos en nuestras reuniones, en nuestros barrios, en nuestras casas, porque nos encanta eso, y eso nos lo ha dado Allah en su Munificencia, y hacia ello nos ha guiado". El que hablaba era Abadallah Ibn Rawaha, un hombre con cuyo apoyo Ibn Ubayy había pensado que podía contar ante cualquier contingencia. El decepcionado jefe recitó entonces hoscamente un verso en el sentido de que cuando los amigos desertan de uno, ese uno está abocado a ser vencido. Había aprendido con más claridad que nunca que era inútil resistir. En cuanto al Profeta, se marchó profundamente entristecido, a pesar del encendido tributo de Abdallah, y cuando entró en la casa del enfermo era como si todavía llevara en la cara el desaire recibido. Saad le preguntó inmediatamente qué le sucedía; cuando le contaron la infidelidad impenetrable de Ibn Ubayy dijo: *"Trátale con suavidad, oh Enviado de Allah, porque cuando Allah te trajo aquí nosotros estábamos entonces forjando una diadema con la que coronarlo, y considera que le has robado un reino"*.

El Profeta nunca olvidó estas palabras; y por lo que a Ibn Ubayy se refiere, pronto comprendió que su influencia, otrora tan grande, disminuía con rapidez y que si no abrazaba el Islam se desvanecería por completo. Por otro lado sabía que una aceptación nominal del Islam le confirmaría en su autoridad, porque los árabes sentían repugnancia por romper los viejos vínculos de fidelidad a no ser que hubiese una razón de peso para hacerlo.

En consecuencia, no tardó mucho tiempo en decidirse a abrazar el Islam; con todo, aunque se comprometió personalmente con el Profeta y en adelante acudió con regularidad a las plegarias, los creyentes nunca llegaron a estar muy seguros de él. Había otros acerca de quienes existían igualmente dudas, pero Ibn Ubayy era distinto de la mayoría de los conversos poco entusiastas e insinceros debido al gran alcance de su influencia, lo que lo hacía tanto más peligroso.

Durante los primeros meses, mientras todavía se estaba construyendo la mezquita, la comunidad sufrió una gran pérdida con la muerte de Asad, el primer hombre del oasis en rendir fidelidad al Profeta. Él había sido el anfitrión de Musab, y había trabajado muy estrechamente con él durante el año entre los dos Aqabah. El Profeta dijo: *“Los judíos y los árabes hipócritas seguramente dirán de mí: ‘Si fuese un Profeta no habría muerto su compañero’”. Y ciertamente de poco vale mi voluntad para mí o para mi compañero contra la voluntad de Allah*”. (Ibn Ishaq, 346).

Fue posiblemente en el funeral de Asad cuando tuvo lugar el segundo encuentro entre Salman el Persa y el Profeta. En años posteriores Salman describiría este encuentro al hijo de Abbas, diciendo: *“Fui a ver al Enviado de Allah cuando se encontraba en el Baqi al-Garqad<sup>(1)</sup>, donde él había ido siguiendo el féretro de uno de sus Compañeros*”. Salman había sabido que el Profeta estaría allí y se las había arreglado para ausentarse de su trabajo, con tiempo para llegar al cementerio después del entierro, mientras que el Profeta todavía estaba allí sentado con algunos Emigrantes y Ansar. *“Lo saludé”, dijo Salman, “y luego me senté en el círculo detrás de él con la esperanza de poder verle el Sello. El supo lo que yo quería; agarró, pues, su manto y se lo bajó por la espalda, y observé el Sello de la Profecía tal y como me lo había descrito mi Señor. Me incliné sobre él, lo besé y lloré. Entonces el Enviado de Allah me ordenó que me acercase y fui y me senté delante de él, le conté mi historia y él se sintió feliz de que sus Compañeros la escuchasen. Luego abracé el Islam.”* (Ibn Ishaq, 141; Ibn Saad, IV 56). Pero Salman siguió trabajando duramente como esclavo entre los Bani Qurayzah y durante los cuatro años siguientes no pudo tener mucho contacto con sus correligionarios musulmanes.

Otro hombre de *“las gentes del Libro”* que abrazó el Islam por esta época fue un rabino de los Bani Qaynuqa, Husayn Ibn Sallam. Acudió al Profeta en secreto y le prestó juramento de fidelidad. Acto seguido el Profeta le dio el nombre de Abdallah, y el nuevo converso sugirió que antes de que su Islam fuese conocido debían preguntar a su gente sobre la posición que él ocupaba entre ellos. El Profeta lo ocultó en su casa y envió por algunos de los hombres principales de los Qaynuqa. *“El es nuestro jefe”,* fue su respuesta a la pregunta, *“y el hijo de nuestro jefe; él es nuestro rabino y nuestro sabio”*. Entonces Abdallah apareció ante ellos y dijo: *“¡Oh judíos, temed a Allah y aceptad lo que Él os ha enviado, porque sabéis que este hombre es el Enviado de Allah!”*. A continuación afirmó su Islam y el de los miembros de su casa, y su gente lo injurió y negó la buena posición que antes habían afirmado que tenía entre ellos.

El Islam estaba ya firmemente establecido en el oasis. La Revelación prescribía la donación de limosnas y el ayuno durante el mes de Ramadán, y establecía en general lo que estaba prohibido y lo que se permitía. Las cinco plegarias rituales diarias se realizaban regularmente en asamblea, y cuando llegaba el momento de cada plegaria la gente se congregaba en el lugar donde se estaba construyendo la mezquita. Todo el mundo juzgaba sobre el momento de la plegaria por la posición del sol en el cielo o por las primeras señales de su luz en el horizonte oriental o por el declive de su brillo después del ocaso. Pero las opiniones podían diferir y el Profeta sentía la

necesidad de encontrar un medio para convocar a la gente cuando hubiese llegado el tiempo exacto de cada plegaria. En un principio pensó en designar a un hombre que hiciese sonar un cuerno como el de los judíos, pero después se decidió por un badajo de madera, naqus, como el que por aquel entonces empleaban los cristianos orientales, y para ese fin se prepararon dos trozos de madera juntos. Pero estaban destinados a no ser utilizados nunca: Una noche un hombre del Jazrach, Abdallah Ibn Zayd —que había tomado parte en el segundo juramento de Aqabah, tuvo un sueño, que contó al día siguiente al Profeta: *“Pasó junto a mí un hombre que vestía dos prendas de color verde y llevaba en la mano un naqus y yo le dije: ‘Oh siervo de Allah, ¿me quieres vender este naqus?’ ‘¿Qué harás con él?’*, respondió. *‘Con él convocaremos a la gente a la plegaria’* le dije. *‘¿Desearías que te mostrara una forma mejor?’ ‘¿Qué forma es ésta?’* pregunté. Y él respondió: *“Que digáis: ¡Allah es el más Grande! —Allahu Akbar—”*. El hombre de verde repitió esta magnificación cuatro veces, y después dos veces cada una de las siguientes: *‘Doy testimonio de que no hay Allah sino Allah. Doy testimonio de que Muhammad es el Enviado de Allah. Venid a la plegaria. Venid a la salvación. Allah es el más Grande’*. Y luego, una vez más, *‘no hay Allah sino Allah’*, **ALLAHU AKBAR ASH-HADU AN LA ILAHA ILLA ALLAH ASH-HADU ANNA MUHAMMADAN RASULUL-LAH HAYYI ' ALA S-SALAT HAYYI ' ALA L-FALAH ALLAHU AKBAR LA ILAHA ILLAL-LAH**

El Profeta afirmó que se trataba de una visión auténtica y le dijo que acudiese a Bilal, que tenía una voz excelente, y le enseñase las palabras exactamente tal y como las había escuchado en el sueño. La casa más alta del vecindario donde estaba la mezquita pertenecía a una mujer del clan de Nayyar, y Bilal iba allí antes de cada amanecer y se sentaba en el tejado esperando la salida del sol. Cuando veía las primeras débiles luces por el oriente extendía sus brazos y decía en súplica: *“¡Oh, Allah, te alabo y pido tu ayuda para el Quraysh, para que acepten Tu religión!”* Luego, de pie, pronunciaba la llamada a la plegaria.

---

<sup>(1)</sup> El cementerio del extremo sudeste de Medina

## El año de la tristeza

En el año 619, no mucho después de que el boicot se hubiera revocado, el Profeta sufrió una gran pérdida con la muerte de su esposa Jadiyah. Tenía ella unos sesenta y cinco años y él se aproximaba a los cincuenta. Habían vivido juntos en profunda armonía durante veinticinco años, y ella no sólo había sido su esposa sino también su amiga íntima, su sabia consejera, y madre para todos cuantos vivían en la casa, incluidos Ali y Zayd. Sus cuatro hijas estaban abatidas de dolor, pero el Profeta pudo consolarlas diciéndoles que en una ocasión Gabriel lo había visitado y le había dicho que diese a Jadiyah saludos de Paz de parte de su Señor y le dijese que Él había preparado para ella una morada en el Paraíso.

Otra pérdida siguió a la muerte de Jadiyah, menos importante y, a nivel íntimo, menos penetrante, pero potencialmente y al mismo tiempo, más seria por sus posibles consecuencias externas. Abu Talib enfermó; pronto se hizo evidente que se estaba muriendo. En su lecho de muerte fue visitado por un grupo de líderes del Quraysh — Utbah, Shaybah y Abu Sufyan de Abdu Shams, Umayyah de Yumah, Abu Yahl de Majzum y otros— que le dijeron: *“Abu Talib, sabes el aprecio que te tenemos, y ahora que esta grave enfermedad se abate sobre ti, y tememos por ti. Conoces lo que se interpone entre nosotros y el hijo de tu hermano. Llámale pues y toma para él un regalo de nuestra parte, y toma para nosotros un presente de su parte, para que nos deje tranquilos, y nosotros lo dejaremos en paz a él también. Que nos deje en paz a nosotros y a nuestra religión”*. Abu Talib envió entonces por el Profeta (saws), y cuando llegó le dijo: *“Hijo de mi hermano, estos nobles de tu pueblo han venido juntos por causa tuya para dar y tomar.”* *“Así sea”*, dijo el Profeta. *“Dadme una palabra, una palabra por la cual gobernaréis sobre todos los árabes, y los persas os estarán sometidos”*. *“Sin duda, ¡por tu padre!”* dijo Abu Yahl, *“para eso te daremos una palabra, y diez palabras más”*. *“Tienes que decir”*, dijo el Profeta, *“no hay ningún dios sino Allah, y tenéis que renunciar a lo que adoráis aparte de Él”*. Dieron palmadas y dijeron: *“¿Quieres hacer de todos los dioses un solo Dios, oh, Muhammad? ¡Tu orden es ciertamente extraña!”*. Entonces se dijeron entre sí: *“Este hombre no nos dará nada de lo que pedimos; así pues, sigamos nuestro camino y mantengámonos en la religión de nuestros padres hasta que Allah juzgue entre nosotros y él.”*

Cuando se hubieron ido, Abu Talib dijo al Profeta: *“Hijo de mi hermano, tal y como lo vi, no les pediste nada extraordinario”*. Estas palabras llenaron al Profeta de anhelo de que abrazase el Islam. *“Tío,”* dijo entonces, *“di tú las palabras, para que por ellas pueda interceder por ti el día de la Resurrección”*. *“Hijo de mi hermano”*, dijo él, *“si no temiera que el Quraysh pensase que las había pronunciado por miedo a la muerte, las diría. Sin embargo, mis palabras no serían más que para complacerte”*. Luego, cuando la muerte se aproximó a Abu Talib, Abbas lo vio mover los labios y acercó su oído a él, escuchó, y dijo: *“Mi hermano ha pronunciado las palabras que le ordenaste decir”*. Pero el Profeta dijo: *“Yo no lo oí”*.

La situación se estaba haciendo difícil en la Meca para casi todos los que no gozaban de protección oficial. Antes de unirse al Profeta, Abu Bakr había sido un hombre de considerable influencia pero, a diferencia de Omar y Hamzah, él no era un hombre peligroso y, por lo tanto, no inspiró temor excepto en aquellos que habían aprendido a apreciarlo por razones espirituales: cuando su Islam estableció una barrera entre él y los líderes del Quraysh su influencia quedó prácticamente anulada; exactamente igual, por otra parte, que dentro de la comunidad de la nueva religión iba aumentando. Para Abu Bakr la situación se agravaba, además, por ser conocido como

el responsable de muchas conversiones, y puede haber sido en parte como venganza por la conversión de Aswad, el hijo de Nawfal, por lo que un día Nawfal mismo, el medio hermano de Jadiyah, organizó un ataque contra Abu Bakr y Talha, los cuales quedaron tumbados en el camino, con las manos y los pies atados y amarrados los dos juntos con una cuerda. Ningún hombre de Taym intervino contra los de Asad, lo que sugiere que habían renegado de sus dos destacados compañeros musulmanes.

Hubo quizás otros incidentes. *Como consecuencia del deterioro del vínculo entre Abu Bakr y el antiguo amo de Bilal, Umayyah, que era el jefe de Yumah, donde el vivía, llegó un momento en que sintió que no le quedaba más alternativa que emigrar.* Habiendo obtenido el permiso del Profeta, partió para unirse a los que habían permanecido en Abisinia. Pero antes de llegar al Mar Rojo se encontró con Ibn al-Dugunnah, en aquella época jefe de un pequeño grupo de tribus confederadas que vivían cerca de la Meca, aliadas del Quraysh. Este jefe beduino había conocido bien a Abu Bakr en sus días de riqueza e influencia, sin embargo ahora tenía el aspecto de un ermitaño vagabundo. Asombrado por el cambio, le interrogó. *“Mi pueblo me ha maltratado”,* dijo Abu Bakr, *“y me ha expulsado, y todo lo que pretendo es viajar sobre la faz de la tierra, adorando a Allah”.* *“¿Por qué te han hecho esto?”* dijo Ibn al-Dugunnah, *“Tú eres la guía y ejemplo para tu clan, una ayuda en el infortunio, un bienhechor, siempre satisfaciendo necesidades de otros. Regresa, porque estás bajo mi protección”.* Lo llevó, pues, de regreso a la Meca y habló a la gente, diciendo: *“Hombres del Quraysh, he otorgado mi protección al hijo de Abu Quhafah, por tanto, que todo el mundo lo trate bien”.* El Quraysh confirmó la protección y prometió que Abu Bakr estaría a salvo, pero, por instigación de los Bani Yumah, dijeron a su protector: *“Dile que adore a su Señor en privado y que así rece y recite lo que desee, pero dile que no nos cause problemas dejándose ver y oír, pues tememos que seduzca a nuestros hijos y a nuestras mujeres con su atrayente personalidad y apariencia”.* Ibn al-Dugunnah le dijo esto a Abu Bakr, y durante un tiempo éste hizo sus plegarias y sus recitaciones del Corán solamente en su casa; de esta forma, durante una temporada se relajó la tensión entre él y los líderes de los Bani Yumah.

Abu Talib fue sucedido por Abu Lahab como jefe de Hashim; pero la protección que Abu Lahab daba a su sobrino era puramente nominal, y el Profeta fue maltratado como nunca lo había sido antes. En una ocasión un transeúnte se inclinó sobre su puerta y echó un trozo de asadura putrefacta en el puchero de la comida; otra vez, cuando estaba haciendo la plegaria en el patio de su casa, un hombre le arrojó el útero de una oveja lleno de sangre y excrementos. Antes de deshacerse de ello, el Profeta levantó el objeto con la punta de un palo y dijo, de pie en su puerta: *“¡Oh hijos de Abdu Manaf! ¿Qué protección es ésta?”.* Había visto que el ofensor era el shamsí Uqbah, <sup>(1)</sup> padrastro de Uthman, el marido de Ruqayyah. En otra ocasión, cuando el Profeta volvía de la Kaabah, un hombre tomó un puñado de tierra y lo arrojó contra su cara y su cabeza. Cuando volvió a casa, una de sus hijas se la lavó, llorando mientras lo limpiaba. *“No llores, hijita,”* dijo él, *“Allah protegerá a tu padre”.*

Fue entonces cuando decidió buscar ayuda de los Thaqif, los habitantes de Taif —una decisión que reflejaba elocuentemente la aparente gravedad de su situación en la Meca—. Porque, aparte de la verdad, que puede conquistar todas las cosas, ¿qué es lo que realmente podía esperarse de los Thaqif, los guardianes del templo de la diosa al-Lat, cuyo santuario gustaban de pensar que era comparable a la Casa de Allah?

Tenía que haber, no obstante, excepciones en Taif como las había en la Meca, y al Profeta no le faltaban esperanzas cuando atravesaba el desierto en dirección a los hospitalarios huertos, jardines y trigales de las afueras de la ciudad amurallada. Cuando llegó se dirigió directamente a la casa de los tres hermanos que eran los

líderes del Thaqif en aquel tiempo, los hijos de Amr Ibn Umayyah, el hombre al que Walid consideraba como su equivalente en Taif, el segundo de *“los dos grandes hombres de las dos ciudades”*. Pero cuando el Profeta les pidió que aceptasen el Islam y lo ayudasen contra sus oponentes, uno de ellos rápidamente dijo: *“¡Si Allah te envió a ti, arrancaré las colgaduras de la Kaabah!”*, y otro dijo: *“¿No pudo Allah encontrar a otro más que a ti para enviar?”*. El tercero dijo a su vez: *“¡No permitas que jamás te hable! Porque, si como dices, tú eres el enviado de Allah, entonces eres un personaje demasiado grande para dirigirte la palabra, y, si mientes, no eres digno de que te hable”*. Entonces el Profeta se levantó para dejarlos, quizás con la intención de probar en otros sitios en Taif; pero cuando hubo abandonado a los tres hermanos estos incitaron a sus esclavos y criados para que lo insultasen y gritasen, hasta que se congregó contra él un gentío y se vio forzado a buscar refugio en un huerto privado. Una vez que penetró en él la multitud comenzó a dispersarse, y, atando su camello a una palmera, fue a buscar cobijo bajo una parra y se sentó a su sombra.

Cuando se sintió a salvo y en paz, imploró a Dios: *“¡Oh Allah, ante Ti me quejo de mi debilidad, de mi desamparo y de mi bajeza ante los hombres! ¡Oh el Más Misericordioso de los misericordiosos! Tú eres el Señor del débil. Y Tú eres mi Señor. ¿En manos de quién me confiarás? ¿En las de algún remoto forastero que me maltrate? ¿O en las de un enemigo al que Tú has dado poder contra mí? No me importa, no estés pues airado contra mí. Pero si tuviera Tu ayuda a mi favor ¡eso sería para mí el camino más fácil y mayores oportunidades! Me refugio en la Luz de Tu Rostro por la cual la oscuridad es iluminada y todas las cosas de este mundo y del otro son rectamente ordenadas, por temor a que Tú hagas descender Tu ira sobre mí, o por temor a que Tu cólera me acose. Es cosa Tuya, sin embargo, reprochar hasta que estés bien satisfecho. No hay poder ni fuerza sino en Ti.”* (Ibn Ishaq, 280).

El lugar donde el Profeta había encontrado sosiego no estaba vacío como parecía. Todos los hombres del Quraysh anhelaban riquezas suficientes para comprar un jardín y una casa en la verde colina de Taif, a donde poder escapar del calor de la Meca cuando éste alcanzaba sus cotas más elevadas; y este huerto no era propiedad de un habitante de Thaqif sino que era parte de una propiedad de los líderes shamsíes Utbah y Shaybah, quienes, además, estaban en aquellos momentos sentados en un rincón de su jardín, junto al viñedo. Habían visto lo que había sucedido, y no les faltaban sentimientos de indignación por la forma en que la gentuza del Thaqif se había atrevido a tratar a un hombre del Quraysh que era además, como ellos mismos, de los hijos de Abdu Manaf. En cuanto a las diferencias que se habían interpuesto entre ellos, ¿no habían desaparecido prácticamente ya?

Habían visto por última vez a Muhammad (saws) junto al lecho de muerte de Abu Talib. En estos momentos se encontraba sin protector y en una situación evidentemente complicada. Sintiendo que podían permitirse ser generosos llamaron a un joven cristiano esclavo suyo que se llamaba Addas y le dijeron: *“Toma un racimo de estas uvas y ponlo en esta fuente. Luego llévaselo a aquel hombre y dile que coma”*. Addas obró como le habían ordenado; y cuando el Profeta puso su mano en las uvas, dijo: *“En el Nombre de Allah”*. Addas lo miró fijamente a la cara; entonces dijo: *“Esas palabras no las dicen los hombres de este país”*. *“¿De qué país eres tú?”* preguntó el Profeta, y *“¿cuál es tu religión?”*. *“Soy cristiano”*, dijo, *“de las gentes de Ninive”*. *“De la ciudad del recto Jonás, hijo de Matta”*, dijo el Profeta. *“¿Cómo, es que sabes algo de Jonás el hijo de Matta?”* dijo Addas. *“Él es mi hermano”*, fue la respuesta. *“Él fue un Profeta y yo soy un Profeta.”* Entonces Addas se inclinó hacia él y le besó la cabeza, las manos y los pies.

Al ver esto, los dos hermanos exclamaron el uno para el otro, como a una sola voz: *“¡Se acabó tu esclavo! ¡Ya lo ha corrompido!”*. Y cuando Addas volvió a ellos, dejando al Profeta comer en paz, le dijeron: *“¡Maldito seas, Addas! ¿Qué te ha hecho besar la cabeza, las manos y los pies de ese hombre?”*. Respondió: *“Amo, no hay nadie mejor sobre la tierra que ese hombre. Me ha hablado de cosas que sólo un Profeta podría saber”*. *“¡Maldito seas, Addas!”* respondieron, *“No dejes que te aparte de tu religión, porque tu religión es mejor que la suya”*.

Cuando el Profeta comprendió que en aquellas circunstancias no podía conseguirse nada bueno de la Tribu de Thaqif, salió de Taif y se puso en camino hacia la Meca. Aquella noche, ya tarde, llegó al valle de Najlah, un lugar que había a mitad de camino entre las dos ciudades que lo habían rechazado. *En el momento en el que sentía con gran intensidad el rechazo sufrido, había sido un hombre de la lejana Nínive quien había reconocido su condición de Profeta, y, ahora, mientras erguido hacía la plegaria en Najlah, un grupo de yins pasó junto a él —siete yins procedentes de Nasibin— y se detuvieron hechizados por las palabras del Corán que Muhámmad estaba recitando. El Profeta sabía que no había sido enviado solamente al reino de los hombres. La Revelación había afirmado hacía poco:*

***“Nosotros no te hemos enviado sino como misericordia para los Mundos.”***  
(XXI, 107)

Y una de las primeras suras (LV-33) se dirige a los yins (genios) tanto como a los demás hombres, advirtiendo a ambos del Infierno como un castigo por el mal y prometiendo el Paraíso como recompensa por la Piedad. Se produjo entonces la Revelación: ***“Di: “Se me ha revelado que un grupo de genios estaba escuchando y decía: ‘Hemos oído una Recitación maravillosa, que conduce a la vía recta. Hemos creído en ella y no asociaremos nadie a nuestro Señor’.*** (LXXII, 1-2). Y otra Revelación (XLVI, 30-31) contaba cómo los yins se volvieron luego a su comunidad e incitaron a los demás a responder a *“el que llama a Allah”*, como ellos denominaron al Profeta.

El profeta se mostraba poco inclinado a volver a las mismas condiciones que apenas dos días antes le habían obligado a abandonar su hogar. Pero si él tuviera un protector, podría continuar cumpliendo su misión. Los Bani Hashim no le habían respondido. En consecuencia, sus pensamientos se volvieron hacia el clan de su madre. La situación que en él imperaba era irregular, porque el hombre que, con mucho, era el más destacado e influyente de Zuhrah era Ajnas Ibn Shariq, quien, estrictamente hablando, no era miembro del clan y ni siquiera del Quraysh. De hecho pertenecía al Thaqif, pero desde hacía mucho tiempo era confederado de Zuhrah, y habían terminado por considerarlo como su jefe. El Profeta ya se había resuelto a solicitar su ayuda cuando fue alcanzado por un jinete que también iba hacia la Meca pero viajando más rápido que él; así pues le pidió que le hiciese el favor de que cuando llegase fuese a ver a Ajnas, le dijera: *“Muhammad (saws) ha dicho: ¿Quieres darme tu protección para que pueda difundir el mensaje de mi Señor?”*. El jinete se mostró bien dispuesto, e incluso no tuvo inconveniente en regresar con la respuesta; ésta demostró ser negativa, porque Ajnas simplemente observó que un confederado no tenía poder para hablar en el nombre del clan con el que estaba federado ni para otorgar una protección que podía obligar a todos. El Profeta, que entonces no estaba lejos de la Meca, envió pues la misma petición a Suhayl. Su respuesta fue igualmente decepcionante, aunque la razón que alegó para negarse no tenía nada que ver con su oposición al Islam. Una vez más se trataba de una cuestión de principios tribales. En la hondonada de la Meca su clan se distinguía de todos los demás por ser descendiente de Amir, el hijo de Luayy, mientras que los otros descendían de Kab, el hermano de

Amir. Suhayl respondió simplemente que los hijos de Amir no daban protección contra los hijos de Kab. El Profeta se apartó del camino que conducía a la ciudad y se guareció en la cueva del Monte Hira, donde había recibido la primera Revelación. Desde allí envió su petición a un líder más estrechamente relacionado con él, Mutim, el jefe de Nawfal, uno de los cinco que habían organizado la anulación del boicot contra su clan, y Mutim aceptó de inmediato. *“Que entre en la ciudad”*, respondió en su mensaje. A la mañana siguiente, fuertemente armado, junto con sus hijos y sobrinos, escoltó al Profeta a la Kaabah. Abu Yahl les preguntó si se habían hecho seguidores de Muhámmad. *“Le estamos dando protección”*, respondieron; y los majzumíes sólo pudieron decir: *“A quien protegéis vosotros, nosotros protegemos.”*

---

(1) Era el segundo marido de Arwa, la madre de Uthman y prima del Profeta, llamada así por su tía Arwa, madre Tulayb.

## La luz de tu rostro

Fátima, la viuda de Abu Talib, había abrazado el Islam poco tiempo antes o después de la muerte de su marido, y lo mismo había hecho su hija Umm Hani, la hermana de Ali y de Yafar; pero el marido de Umm Hani, Hubayyah, era completamente impenetrable al mensaje de la Unicidad de Allah. Sin embargo, daba la bienvenida al Profeta cuando acudía a su casa, y si era el tiempo de la plegaria durante una de esas visitas los musulmanes de la casa hacían la plegaria juntos. En una ocasión, cuando todos habían hecho la oración de la noche detrás del Profeta, Umm Hani lo invitó a pasar la noche con ellos. El aceptó su invitación; pero después de un corto sueño se levantó y se fue a la Mezquita, porque le gustaba visitar la Kaabah durante las horas nocturnas. Mientras se encontraba allí, el deseo de dormir le sobrevino de nuevo y se acostó en el Hichr.

*“Mientras estaba durmiendo en el Hichr”, dijo, “Gabriel vino a mí y me tocó con su pie, por lo que me incorporé; sin embargo, no vi nada y me volví a dormir. Vino una segunda vez, y una tercera, y entonces me tomó por el brazo y me levanté y me puse junto a él; me condujo a la entrada de la Mezquita, y había allí una bestia blanca, mitad mula mitad asno, con alas a los lados con las cuales movía sus patas; y cada zancada suya alcanzaba hasta donde su ojo podía ver”. (Ibn Ishaq, 264).*

El Profeta contó entonces como montó a Buraq, que así se llamaba la bestia, y con el Arcángel a su lado, señalando el camino y adaptando su paso al del corcel celeste, marcharon a gran velocidad hacia el norte más allá de Yathrib y más allá de Jaybar, hasta que alcanzaron Jerusalén. Entonces se encontraron con los Profetas — Abraham, Moisés, Jesús y otros (*Paz y Bendiciones para ellos*) — y cuando él hizo la plegaria en el lugar del Templo, se juntaron todos ellos detrás de él en la plegaria. Luego le fueron traídas y ofrecidas dos vasijas que contenían una vino y la otra leche. Tomó la de leche y bebió de ella, dejando la de vino, y Gabriel dijo: *“Has sido guiado hacia el sendero primordial, y has guiado a tu pueblo hacia él, ¡oh Muhámmad!, y el vino te está prohibido.”*

A continuación, como les había sucedido a otros antes de él —a Enoch y Elías, a Jesús y a María— Muhámmad fue sacado de esta vida y ascendido al Cielo. Desde la roca situada en el centro del Lugar del Templo montó de nuevo a Buraq, que movió sus alas en vuelo ascendente y se convirtió para su jinete en lo que el carro de fuego había sido para Elías. Guiado por el Arcángel, que ahora se reveló como un ser celestial, ascendieron más allá del dominio del espacio y del tiempo terrenales y de las formas corporales, y mientras atravesaban los siete Cielos se encontró de nuevo con los Profetas, con quienes había hecho la plegaria en Jerusalén. Pero allí se le habían aparecido con el aspecto que habían tenido durante sus vidas en la tierra, mientras que ahora los veía en su realidad celestial, como ellos lo veían ahora a él, y su transfiguración le maravilló. De José dijo que su rostro tenía el esplendor de la luna en su plenitud (Ibn Ishaq, 270), y que había sido dotado con no menos de la mitad de la belleza existente (Ahmad ibn Muhammad ibn Hanbal, III, 286). Sin embargo esto no disminuyó el asombro de Muhammad (saws) por sus otros hermanos, y mencionó en particular la gran hermosura de su hermano Aarón (Ibn Ishaq, 270). De los jardines que visitó en los diferentes Cielos dijo después: *“Una porción del Paraíso del tamaño de un arco es mejor que todo lo que hay bajo el sol, sobre lo que éste sale y se pone; y si una mujer de las gentes del Paraíso se apareciese a las gentes de la tierra, llenaría el espacio entre el Cielo y la tierra con luz y con fragancia”* (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, L. VI, 6). Todo lo que ahora veía lo veía con el ojo del Espíritu, y de su

naturaleza espiritual, refiriéndose a los comienzos de toda la naturaleza terrenal, dijo: *"Yo era un Profeta cuando Adán estaba todavía entre el agua y el barro"* (Muhammad ibn Isa al-Tirmidai, XLVI, 1; Ahmad ibn Muhammad ibn Hanbal, IV, 66).

La cumbre de su ascenso fue el Azufaifo del Confín. Así se le llama en el Corán; y en uno de los comentarios más antiguos, basado en los dichos del Profeta, se dice: "El Azufaifo está arraigado en el Trono, y señala el final del conocimiento de todo conocedor, sea éste Arcángel o Profeta Enviado. Todo lo que hay más allá es un misterio oculto, desconocido para cualquiera excepto para Allah Solo." (Tabari, Tafsir, LIII). En esta cima del universo Gabriel apareció ante él en todo su esplendor angélico como había sido originariamente creado. (Muslim ibn al-Hayyay al- Qushayri, I, 280; Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LIX, 7). Luego, en las palabras de la Revelación:

**"...cuando el azufaifo estaba cubierto por aquello.**

**No se desvió la mirada. Y no erró.**

**Vio, ciertamente, parte de los signos tan grandes de su Señor."**

(LIII, 16-18)

Según el comentario, la Luz Divina descendió sobre el Azufaifo recubriéndolo con todo lo que había junto a él, y el ojo del Profeta lo contempló sin vacilar y sin desviarse de él. (Tabari, Tafsir, LIII). Tal fue la respuesta —o una de las respuestas— a la súplica implícita en las palabras: *"Me refugio en la Luz de Tu Rostro."*

En el Azufaifo el Profeta recibió para su pueblo la orden de hacer cincuenta plegarias al día, y fue entonces cuando recibió la Revelación que contiene el credo del Islam: "El Enviado cree, y los creyentes creen en lo que le ha sido revelado por su Señor. Todos ellos creen en Allah y Sus ángeles, en Sus libros y en Sus enviados: No hacemos ninguna distinción entre Sus enviados, y dicen: Oímos y Obedecemos; concédenos, Señor nuestro, Tu perdón; y que hacia Ti sea el retorno final." (Ibn Ishaq, 285).

Hicieron su descenso a través de los Siete Cielos del mismo modo que habían ascendido. El Profeta dijo: *"De regreso, cuando pasé junto a Moisés — ¡y qué buen amigo fue él para vosotros! — me preguntó: '¿Cuántas plegarias se te han impuesto?' Le dije que cincuenta plegarias cada día, y él dijo: 'La plegaria en asamblea es una cosa pesada, y tu pueblo es débil. Vuelve a tu Señor y pídele que os alivie la carga a ti y a tu pueblo'. Regresé pues y le pedí a mi Señor que la hiciese más ligera, y quitó diez. Luego pasé junto a Moisés de nuevo, y él repitió lo que había dicho antes; en consecuencia volví otra vez, y me fueron quitadas diez plegarias más. Pero cada vez que volvía con Moisés éste me enviaba de vuelta; hasta que, finalmente, se me suprimieron todas las plegarias excepto cinco para cada día con su noche. Luego volví junto a Moisés, pero aún repitió lo mismo que antes, y yo respondí: 'He vuelto a mi Señor y Le he pedido hasta que ya me da vergüenza. No volveré otra vez'. Y es así que el que cumple las cinco plegarias con fe sincera y confianza en la munificencia de Allah, a ése le será dado el premio de cincuenta".* (Ibn Ishaq, 271).

Después de haber descendido a la Roca de Jerusalén, el Profeta y el Arcángel regresaron a la Meca por el camino por el que habían ido, adelantando a muchas caravanas que se dirigían hacia el Sur. Aún era de noche cuando llegaron a la Kaabah. Desde allí el Profeta fue de nuevo a casa de su prima. En palabras de ella: *"Un poco antes del alba el Profeta nos despertó, y una vez terminada la plegaria de la aurora, dijo: '¡Oh Umm Hani! como visteis hice con vosotros la última plegaria de la noche en este valle. Luego fui a Jerusalén y allí hice la plegaria: y ahora he hecho con vosotros la plegaria de la mañana, como ves.' Se levantó para marcharse, y yo lo agarré de la*

*túnica con tanta fuerza que se le desprendió dejando al desnudo su vientre, como si no hubiese estado recubierto más que por unos pliegues de algodón. '¡Oh Profeta de Allah!', dije, 'No cuentes esto a la gente, porque te desmentirán y te insultarán.' '¡Por Allah que lo contaré!', contestó." (Ibn Ishaq, 267).*

Se dirigió a la Mezquita y les habló de su viaje a Jerusalén y de quienes encontró allí. Sus enemigos al punto se mostraron victoriosos, porque sintieron entonces que tenían una razón irrefutable para las burlas. Todos los niños del Quraysh sabían que una caravana tarda un mes en ir de la Meca a Siria y otro mes en volver. Y ahora Muhammad (saws) afirmaba que había ido y vuelto de allí en una noche. Un grupo de hombres fue a ver a Abu Bakr y le dijeron: *"¿Qué piensas ahora de tu amigo? Nos ha contado que la pasada noche se fue a Jerusalén, oró allí y luego volvió a la Meca". Abu Bakr los acusó de mentir, pero ellos le aseguraron que Muhammad (saws) se encontraba en esos momentos en la Mezquita hablando sobre su viaje. "Si ha dicho eso", dijo Abu Bakr, "entonces es verdad, y ¿qué tiene de maravilloso? Él me dijo que, procedentes del Cielo, le vienen nuevas a la tierra en una hora del día o de la noche, y yo sé que dice la verdad. Y esto está más allá de lo que criticáis sin motivo."* Se fue entonces a la Mezquita para repetir su confirmación. *"Si ha dicho esto, entonces es verdad";* y es por ello por lo que el Profeta le dio el nombre de al-Siddiq, que significa *"el gran testigo de la verdad"* o *"el gran confirmador de la verdad"*. Sucedió, además, que algunos de los que habían considerado la historia increíble comenzaron a cambiar de opinión, porque el Profeta describió las caravanas que habían adelantado de regreso a la Meca y dijo dónde se encontraban y para cuándo se podía esperar su llegada a la Meca, y cada una llegó tal como lo había predicho, y los detalles fueron los que él había descrito. A los que estaban en la Mezquita solamente les habló de su viaje a Jerusalén; pero cuando estuvo a solas con Abu Bakr y otros de sus Compañeros les contó su ascenso a través de los siete Cielos, narrándoles una parte de lo que había visto, y dejando otras cosas para ser referidas más adelante, con el paso de los años, a menudo en respuestas a preguntas.

## Después del año de la tristeza

En el año que siguió al año de la tristeza, la Peregrinación tuvo lugar a comienzos de junio. En la Fiesta de los Sacrificios, el Profeta fue al valle de Mina, donde los peregrinos acampan durante tres días. Desde hacía ya varios años era su costumbre visitar los distintos grupos de tiendas y proclamar su mensaje a cualquiera que deseara escuchar, recitándole los versículos de la Revelación que se sentía impulsado a recitar. El punto más cercano de Mina a la Meca era Aqabah, donde el camino sube en fuerte pendiente desde el valle hacia las colinas en dirección a la ciudad Santa; y fue ese año, en Aqabah, cuando se encontró con seis hombres de la tribu de Jazrach, de Yathrib. No sabía nada de los seis, pero ellos habían oído hablar de él y de sus pretensiones de Profeta, y, en cuanto les dijo quién era sus caras brillaron de interés y lo escucharon con atención. Todos ellos estaban familiarizados con la amenaza de sus vecinos, los judíos de Yathrib: *“Un Profeta está a punto de ser enviado. Lo seguiremos y os daremos muerte como Ad e Iram fueron muertos”*. Cuando el Profeta hubo terminado de hablar, se dijeron entre sí: *“Ciertamente éste es el Profeta cuya venida nos prometieron los judíos. ¡No permitamos que sean ellos los primeros en ponerse en contacto con él!”*. Luego, después de un par de preguntas y respuestas, cada uno de ellos dio testimonio de la verdad del mensaje del Profeta y prometió cumplir las condiciones del Islam que él les había expuesto. *“Hemos abandonado nuestro pueblo”,* dijeron, *“porque no existen unas gentes más divididas por la enemistad que ellos. Quizás Dios quiera unirlos a través de ti. Nos dirigiremos ahora a ellos y les pediremos que acepten tu religión como nosotros la hemos aceptado; si Dios los congrega alrededor de ti, entonces no habrá un hombre más poderoso que tú”*. (Ibn Ishaq, 287).

El Profeta continuó visitando a Abu Bakr en su casa, situada entre las moradas de los Bani Yumah. Estas visitas fueron un recuerdo invaluable en la infancia de 'Aishah, la hija menor de Abu Bakr. Ella no podía recordar un tiempo en que sus padres no hubiesen sido musulmanes y en que el Profeta no los visitase a diario.

Durante este mismo año que siguió a la muerte de Jadiyah, el Profeta soñó que veía a un hombre que llevaba a alguien envuelto en un trozo de seda. El hombre le decía: *“Ésta es tu esposa, descúbrela pues”*. El Profeta alzaba la seda y allí estaba 'Aishah. Pero 'Aishah solamente tenía seis años y él ya había cumplido los cincuenta. Por otra parte, Abu Bakr se la había prometido a Mutim para su hijo Yubayr. El Profeta simplemente dijo: *“Si esto procede de Dios, Él hará que suceda”*. (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, XCI, 20). Algunas noches después vio en el sueño un ángel que portaba el mismo fardo de seda, y esta vez era él quien le decía al ángel: *“Muéstrame”*. El ángel levantó la seda y allí de nuevo estaba Aishah, y nuevamente el Profeta dijo: *“Si esto procede de Dios, Él hará que suceda.”* (ibíd.).

Por el momento no mencionó estos sueños a nadie, ni siquiera a Abu Bakr. Pero se produjo entonces una tercera confirmación, de diferente naturaleza. Jawlah, la esposa de Uthman Ibn Mazun, había estado muy atenta a las diversas necesidades de la casa del Profeta desde la muerte de Jadiyah y un día, cuando se encontraba en su casa, le sugirió que debería tomar otra esposa. Cuando él le preguntó a quién debía desposar, ella le respondió: *“O a 'Aishah la hija de Abu Bakr o a Sawdah la hija de Zamah”*. Sawdah, la prima y cuñada de Suhayl, estaba por aquel tiempo viuda y tenía unos treinta años. Su primer marido, Sakran, el hermano de Suhayl, la había llevado consigo a Abisinia y habían sido los primeros en regresar a la Meca; Sakran había fallecido poco después de su retorno.

El Profeta le dijo a Jawlah que intentase arreglar sus matrimonios con las dos novias que había sugerido. La respuesta de Sawdah fue: *“Estoy a tu servicio, ¡Oh Enviado de Allah!”*, y el Profeta le envió las siguientes palabras: *“Pide a un hombre de tu gente que te dé en matrimonio”*. Ella eligió a su cuñado Hatib, que por aquella época ya había vuelto también de Abisinia, y él se la dio en matrimonio al Profeta.

Mientras tanto Abu Bakr abordaba a Mutim, que fue convencido sin dificultad para que renunciase al matrimonio de ‘Aishah con su hijo y, unos meses después del matrimonio de Sawdah, ‘Aishah se convirtió también en esposa del Profeta, mediante un matrimonio concertado por él y su padre, sin la presencia de ella. Contaría ‘Aishah más tarde que había tenido el primer indicio de su nueva condición cuando un día estaba jugando fuera con sus amigas, no lejos de su casa, y su madre se aproximó, la tomó de la mano y se la llevó adentro, diciéndole que en adelante no tenía que salir para jugar, y que en vez de eso serían sus amigas las que irían a su casa. ‘Aishah confusamente adivinó la razón, aunque su madre no le dijo inmediatamente que estaba casada; exceptuando esto, su vida continuó como antes.

Por esta época Abu Bakr decidió construir una pequeña mezquita delante de la casa. Estaba rodeada de muros, pero a cielo abierto, y allí hacía sus plegarias y recitaba el Corán. Sin embargo los muros no eran lo suficientemente altos para impedir que los caminantes mirasen por encima de ellos, y a menudo un grupo de personas permanecía allí y escuchaba su recitación a la vez que notaban su reverencia por el Libro revelado, que lo emocionaba hasta lo más profundo de su ser. Umayyah temió entonces que aumentase todavía más el número de los conversos de Abu Bakr y, a instancia suya, los jefes del Quraysh enviaron una delegación a Ibn al-Dugunnah recordándole lo que ellos habían dicho al principio acerca de su protección, y señalando que los muros de la mezquita de Abu Bakr no bastaban para hacerla parte de su casa. *“Si desea adorar a su Señor en la intimidad, que lo haga”,* dijeron, *“pero si necesita hacerlo abiertamente, entonces mándale que te absuelva de la protección que le debes”*. Sin embargo, Abu Bakr se negó a abandonar su mezquita, y absolvió formalmente a Ibn al-Dugunnah de su pacto, diciendo: *“Me contento con la protección de Dios”*.

Fue ese mismo día cuando el Profeta anunció a él y a otros de los Compañeros: *“Se me ha mostrado el lugar de vuestra emigración: ‘Vi una tierra bien regada, rica en palmeras con dátiles, entre dos extensiones de piedras negras”*. (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, XXXVII - 7).

## Yathrib responde

*“Dividida por la enemistad y el mal”.* No habían exagerado los seis recién conversos de Yathrib al describir de este modo a su gente. La batalla de Buath, el cuarto y más feroz enfrentamiento de la guerra civil, en absoluto había sido decisiva; no había sido seguida de ninguna paz digna de ese nombre, sino simplemente de un acuerdo de cese momentáneo de hostilidades. El estado peligrosamente prolongado de odio crónico, cargado de un número cada vez mayor de incidentes violentos, había ganado a muchos de los hombres más moderados de ambos bandos para la opinión de que necesitaban un jefe único que los uniese, como Qusayy había unido al Quraysh, y de que no había otra solución a su problema. Uno de los hombres principales del oasis, Abdallah Ibn Ubayy, contaba con el apoyo de muchos como posible rey. No había combatido contra Aws en el reciente enfrentamiento, sino que había retirado a sus hombres la víspera de la batalla. Perteneecía, sin embargo, al Jazrach, y era sumamente dudoso que el Aws fuese capaz de aceptar un rey que no fuera de su tribu.

Los seis hombres del Jazrach comunicaron el mensaje del Islam a tantos cuantos quisieron escucharlos de entre su pueblo, y el verano siguiente, es decir, en el año 621, cinco de ellos repitieron su Peregrinación, llevando consigo a otros siete, dos de los cuales, eran de Aws. En Aqabah, estos doce hombres se comprometieron con el Profeta, y este compromiso es conocido como el Primer Aqabah. En palabras de uno de ellos: *“Juramos nuestra fidelidad al Enviado de Allah en la noche del Primer Aqabah. Juramos que no asociaríamos nada con Allah, que no robaríamos, no fornicaríamos, no daríamos muerte a nuestros hijos <sup>(1)</sup> ni proferiríamos calumnias, y que no le desobedeceríamos a él en lo que fuese correcto. Y nos dijo: ‘Si cumplís este juramento, entonces el Paraíso es vuestro; si cometéis uno de estos pecados y luego recibís su castigo en este mundo, eso servirá como expiación. Y si lo ocultas hasta el Día de la Resurrección, entonces a Allah le corresponde castigar o perdonar, según Su Voluntad”.* (Ibn Ishaq, 289).

Cuando se marcharon para Yathrib, el Profeta envió con ellos a Musab de Abd al-Dar, que por aquel tiempo había regresado de Abisinia. Les recitaría el Corán y les daría instrucción religiosa. Se hospedó en casa de Asad Ibn Zurarah, uno de los seis que habían abrazado el Islam el año anterior. Musab también tenía que dirigir la plegaria porque, a pesar de su conversión a Islam, ni Aws ni Jazrach podían todavía soportar el darse el uno al otro esa primacía.

La rivalidad entre los descendientes de los dos hijos de Qaylah venía de muy antiguo. Había habido, sin embargo, frecuentes matrimonios entre miembros de las dos tribus, y como resultado de uno de ellos, Asad, el jazrachí anfitrión de Musab, era el primo carnal de Saad Ibn Muadh, jefe de uno de los clanes de Aws. Saad estaba firmemente en contra de la nueva religión. Por eso se enfadó, aunque al mismo tiempo se sintió turbado, al ver un día a su primo Asad, junto con Musab y algunos musulmanes recién conversos, sentado en un jardín en medio del territorio de su gente, manteniendo una seria conversación con miembros de su clan. Dispuesto a poner fin a tales actividades, aunque sin desear verse implicado él mismo en ninguna desavenencia, se dirigió a Usayd, que era el siguiente en autoridad después de él, y dijo: *“Ve a esos dos hombres que han venido a nuestra zona para engañar a nuestros hermanos más débiles”* sin duda alguna estaba pensando en su hermano menor, el entonces ya fallecido Iyas, que había sido el primer hombre de Yathrib en abrazar el Islam— *“y expúlsalos, y prohíbeles que vuelvan a nuestra zona otra vez. Si Asad no fuera pariente mío te habría evitado esta molestia, pero él es hijo de la hermana de mi madre, y no puedo hacer nada contra él”.* Usayd tomó su lanza, se dirigió hacia ellos y, después de observarlos, dijo, con la expresión más feroz que pudo poner: *“¿Qué los ha*

*traído por aquí a vosotros dos? ¿Engañar a nuestros hermanos más débiles? Déjanos, si aprecias en algo sus vidas". Musab lo miró y dijo suavemente: "¿Por qué no te sientas y escuchas lo que tenemos que decir? Luego, si te gusta, acéptalo; y si no, evita cualquier contacto con ello". "Esas palabras son justas", dijo Usayd, al cual agradaron el aspecto y los modales del enviado del Profeta, y clavando su lanza en el suelo se sentó junto a ellos. Musab le habló sobre el Islam y le recitó el Corán; la expresión de Usayd cambió de manera que los que estaban presentes pudieron ver el Islam en su rostro por la luz que en él brilló y el reposo que le suavizó antes de que se pusiese a hablar. "¡Cuán excelentes y hermosas son esas palabras!", dijo cuando Musab hubo terminado. "¿Qué hay que hacer si uno desea abrazar esa religión?" Le dijeron que tenía que lavarse de la cabeza a los pies para purificarse y que también tenía que purificar las ropas, para luego hacer la plegaria. Había un pozo donde estaban sentados, así pues se purificó a sí mismo y a sus ropas y dio testimonio de que "No hay dios sino Allah y Muhammad (saws) es el Enviado de Allah". Le enseñaron cómo ofrecer las plegarias, e hizo la que correspondía a ese momento. Luego dijo: "Detrás de mí hay un hombre que, si os sigue, será seguido sin vacilación por todos los hombres de su pueblo. Os lo enviaré ahora."*

Se dirigió pues hacia sus compañeros de clan, los cuales, ya antes de que llegara a donde estaban, pudieron advertir que era un hombre distinto. "*¿Qué has hecho?*", dijo Saad. "*Hablé con los dos hombres*", dijo Usayd, "*y por Allah que no vi ningún mal en ellos. Pero les prohibí continuar y ellos dijeron: 'Haremos lo que deseéis'. 'Ya veo que no has sido de ningún provecho'.*", dijo Saad tomándole la lanza y encaminándose hacia donde los creyentes todavía estaban tranquilamente sentados en el jardín. Amonestó a su primo Asad y le recriminó por aprovecharse del parentesco. Pero Musab intervino, y le habló tal y como lo había hecho a Usayd; después de esto Saad consintió en escucharlo, y, finalmente, el resultado fue el mismo.

Cuando Saad hubo hecho la plegaria se reunió con Usayd y quienes con él estaban, y todos juntos se dirigieron a la asamblea de su pueblo. Saad les dirigió la palabra y dijo: "*¿Qué sabéis de mi posición entre vosotros?*" "*Tú eres nuestro Señor*", respondieron, "*y el mejor de nosotros en juicio, y el más auspicioso en el liderazgo*". "*Entonces os diré:*", dijo él, "*Juro que no hablaré a vuestros hombres ni a vuestras mujeres hasta que creáis en Allah y en su Enviado*". Y a la caída de la noche no había ningún hombre o mujer de su clan que no se hubiera convertido al Islam.

Musab permaneció con Asad durante unos once meses y fueron muchos los que abrazaron el Islam durante ese tiempo. Luego, cuando se fue aproximando el mes de la siguiente Peregrinación, regresó a la Meca para dar nuevas al Profeta de cómo le había ido entre los diferentes clanes de Aws y Jazrach.

El Profeta sabía que la tierra bien regada entre dos extensiones de piedras negras que había visto en una visión era Yathrib, y sabía que esta vez él también sería de los emigrantes. Había entonces en la Meca pocas personas en quienes él confiase tanto como en su tía política Umm al-Fadl. Tenía también la seguridad de que su tío Abbas, aunque no había abrazado el Islam, nunca lo traicionaría ni divulgaría un secreto que le hubiese sido confiado. Les contó pues a ambos que esperaba marcharse a vivir a Yathrib y que ello dependía mucho de la delegación procedente del oasis que se esperaba para la próxima Peregrinación. Al oír esto, Abbas dijo que sentía que era su obligación acudir con su sobrino a recibir a los delegados y hablar con ellos, y el Profeta se mostró de acuerdo.

Poco después de la partida de Musab, algunos de los musulmanes de Yathrib se pusieron en camino para la Peregrinación como había sido dispuesto entre él y ellos,

setenta hombres y dos mujeres en total, con la esperanza de ponerse en contacto con el Profeta. Uno de sus líderes era un jefe jazrachí llamado Bara, y durante los primeros días del viaje se vio acosado por un pensamiento preocupante. Se dirigían hacia la Meca, centro de Peregrinación de toda Arabia; allí estaba también el Profeta, al cual iban a ver, y allí era donde había sido revelado el Corán, y hacia allí se les adelantaban sus almas anhelantes. ¿Era por lo tanto correcto o razonable que, al llegar la hora de la plegaria, diesen la espalda a esa dirección y mirasen hacia el norte, hacia Siria? Esto tuvo que haber sido más que un simple pensamiento porque a Bara le quedaban tan sólo unos pocos meses de vida y los hombres cuya muerte está próxima reciben a menudo el don de la premonición. Sea lo que fuere, contó a sus compañeros lo que pensaba, y ellos le dijeron que hasta donde sabían el Profeta solía hacer sus plegarias orientado hacia Siria, es decir, hacia Jerusalén, y que ellos no deseaban hacerlo de un modo diferente al del Profeta. *“Yo oraré hacia la Kaabah”*, dijo Bara, y así lo hizo durante todo el viaje, mientras que los otros continuaron haciendo sus plegarias hacia Jerusalén. Le reconvinieron sin que sirviera de nada. Pero cuando llegaron a la Meca tuvo algunas dudas y le dijo a Kab Ibn Malik, uno de sus compañeros de clan más jóvenes —y uno de los poetas más inspirados de Yathrib—: *“Hijo de mi hermano, vayamos a ver al Enviado de Allah y preguntémosle sobre lo que yo hice en este viaje, porque han aparecido dudas en mi alma al ver que estabais contra mí”*. Por consiguiente, preguntaron a un hombre en la Meca dónde podían encontrar al Profeta, al cual ni siquiera conocían de vista. *“¿Conocéis a su tío Abbas?”*, dijo el hombre, y ellos le respondieron que sí, porque Abbas visitaba con frecuencia Yathrib y era allí bien conocido. *“Cuando entréis en la Mezquita”*, les dijo su informador, *“él es el hombre sentado junto a Abbas”*. Abordaron pues al Profeta, el cual, respondiendo a la pregunta de Bara, dijo: *“Tú tenías una dirección, si te hubieras mantenido fijo en ella”*. Bara volvió a hacer las plegarias mirando hacia Jerusalén, a fin de hacer igual que el Profeta, aunque la respuesta que había recibido podría haberse interpretado en más de un sentido.

Habían hecho el viaje a la Meca en una caravana junto con los peregrinos politeístas de Yathrib, uno de los cuales abrazó el Islam en el valle de Mina, Abu Yabir Abdallah Ibn Amr, un eminente jazrachí, líder de los Bani Salamah y un hombre de gran influencia. Había sido acordado que se encontrarían secretamente con el Profeta, como anteriormente, en Aqabah, la segunda noche inmediatamente posterior al Peregrinaje. En palabras de uno de ellos: *“Dormimos esa noche con nuestra gente en la caravana hasta que pasado un tercio de la noche nos deslizamos de entre los durmientes hacia nuestra reunión fijada con el Enviado de Allah, escabulléndonos tan sigilosamente como la perdiz del desierto, hasta que estuvimos todos reunidos en el barranco cerca de Aqabah. Allí esperamos hasta que el Enviado de Allah vino y con él acudió su tío Abbas que, aunque en aquella época seguía aún la religión de su pueblo, no obstante deseaba estar presente en la transacción de su sobrino y asegurarse de que las promesas que le hacían eran dignas de crédito”*. Cuando el Profeta se hubo sentado, Abbas fue el primero en hablar: *“Gentes de Jazrach y Aws, conocéis bien la estima que tenemos a Muhammad (saws) y cómo lo hemos protegido de su gente de manera que él sea honrado en su clan y esté a salvo en su país. Sin embargo él ha resuelto volverse hacia vosotros y unirse a vosotros. Así pues, si pensáis que vais a honrar lo que le prometáis y que lo protegeréis contra todos los que se le oponen, vuestra sea esa carga que tomáis. Pero si por el contrario pensáis que lo vais a traicionar y abandonar después de haberse ido con vosotros, entonces dejadle ahora”*. *“Hemos escuchado lo que has dicho”*, respondieron, *“pero habla tú, oh Enviado de Allah, y elige por ti mismo y por tu Señor lo que desees”*.

Después de unas recitaciones del Corán y de evocar a Allah y al Islam, el Profeta dijo: *“Hago con vosotros este pacto con la condición de que la lealtad que me*

*prestéis os obligue a protegerme como protegéis a vuestras mujeres y vuestros hijos.*" Bara se levantó, le tomó de la mano, y dijo: "Por Aquél que te envió con la Verdad, te protegeremos como los protegemos a ellos. Acepta por consiguiente nuestra promesa de lealtad, oh Enviado de Allah, porque nosotros somos hombres de guerra en posesión de armas que han pasado de padres a hijos". Entonces lo interrumpió un hombre de Aws y dijo: "*Oh Enviado de Allah, hay vínculos entre nosotros y otros hombres,*" —se refería a los judíos— "*y deseamos romperlos; pero ¿no podría suceder que si hacemos esto y luego Allah te da la victoria te vuelvas con tu pueblo y nos abandones?*". El Profeta sonrió y dijo: "*No, yo soy vuestro y vosotros sois míos. Contra quienes hacéis la guerra, yo hago la guerra. Con quienes hacéis la paz, yo hago la paz*".

Luego dijo: "*Traedme como líderes a doce de vuestros hombres para que se ocupen de los asuntos de su pueblo*". Le presentaron, pues, a doce líderes, nueve de Jazrach y tres de Aws, pues sesenta y dos de los hombres eran de Jazrach, y también las dos mujeres, mientras que solamente once eran de Aws. Entre los nueve líderes de Jazrach estaban Asad y Bara; entre los tres de Aws se encontraba Usayd, a quien Saad Ibn Muadh había mandado para representarle.

Cuando los medineses estaban a punto de prestar juramento, uno por uno, al Profeta, un hombre de Jazrach, uno de los doce que lo había prestado el año anterior, hizo una señal para que esperasen y se dirigió a ellos diciendo: "*¡Hombres de Jazrach! ¿Sabéis lo que significa prestarle juramento a este hombre?*", "Lo sabemos", dijeron, pero él no les hizo caso. "*Os comprometéis*", continuó, "*a hacer la guerra contra todos los hombres, los rojos y los negros*"<sup>(2)</sup>. "*Por consiguiente, si pensáis que cuando sufráis la pérdida de posesiones y cuando algunos de vuestros nobles sean muertos lo abandonaréis, abandonadlo ahora, porque si lo abandonáis entonces eso os traerá el oprobio en este mundo y en el otro. Pero si pensáis que cumpliréis vuestro pacto, entonces tomadle, porque en ello, por Allah, está lo mejor de este mundo y del otro.*" Ellos dijeron: "*¿Qué importa que nuestras posesiones se pierdan y nuestros nobles sean muertos? Tomaremos a Muhammad (saws). ¿Y qué nos corresponderá por ello, oh Enviado de Allah, si cumplimos nuestro pacto contigo?*". "*El Paraíso*", dijo él; y ellos dijeron: "*Extiende tu mano*". Extendió su mano y le prestaron juramento.

Satanás había estado observando y escuchando desde la cima de Aqabah, y, cuando no pudo contenerse más, gritó lo más alto que pudo y pronunció el nombre de Muhammad (saws). Réprobo. El Profeta supo quién era el que había gritado así, y le respondió diciendo: "***Oh enemigo de Allah, no te daré tregua***".

---

(1) En referencia a la práctica que se había desarrollado entre los beduinos indigentes de Arabia, especialmente en tiempos de hambre, de enterrar a las hijas pequeñas no deseadas.

(2) Es decir, todos los hombres. Después de este segundo pacto de Aqabah —el primero vino a llamarse "el pacto de las mujeres"—, continuó usándose, pero sólo para las mujeres, porque no contenía ninguna mención de los deberes de la guerra.

## Muchas emigraciones

El Profeta animaba ahora a sus seguidores de la Meca a emigrar a Yathrib. Pero uno de ellos ya lo había hecho. La muerte de Abu Talib había privado a su sobrino Abu Salamah de un protector, y éste se vio obligado a buscar refugio frente a su propio clan. Partió pues hacia el norte, llevando a su esposa, con su hijo Salamah en los brazos, en un camello que él guiaba. Pero Umm Salamah era de la otra rama Majzum, los Bani Mugirah, y prima carnal de Abu Yahl. Algunos miembros de su familia salieron en pos de ellos y le arrebataron de las manos la cuerda del camello a Abu Salamah. Éste se encontró ampliamente superado en número, y viendo inútil resistirse le dijo a su mujer que se volviese con ellos. Ya encontraría la forma de que se reuniera con él. Pero cuando su rama del Majzum se enteró de esto se encolerizó con los Bani Mugirah y, para colmo de males, pidieron la custodia del niño. Así pues los tres se encontraron cruelmente separados hasta que todo el clan tuvo compasión de ella y le permitió tomar a su hijo y reunirse con su marido. Se puso en camino a camello, completamente sola salvo con Salamah, pero al cabo de casi seis millas se encontró con un hombre de Abd al-Dar, Uthman Ibn Talhah, aún un incrédulo, que insistió en acompañarla hasta el final del viaje. Se habían enterado de que Abu Salamah estaba en Quba, un pueblo situado en el punto más meridional de Yathrib, donde el oasis se introduce en la extensión de lava que es una de *“las dos extensiones de piedras negras”*; así que cuando los palmerales se ofrecieron a su vista Uthman dijo: *“Tu marido se encuentra en este pueblo, entra pues en él con la bendición de Dios”*. Y él se volvió de nuevo hacia la Meca. Umm Salamah nunca olvidó su bondad y jamás dejó de elogiarlo por su nobleza.

Después del Segundo Juramento de Aqabah, los musulmanes del Quraysh comenzaron a emigrar en número considerable. Entre los primeros en partir se contaron algunos primos del Profeta, hijos e hijas de Yahsh y Umaymah, Abdallah y su hermano ciego Abu Ahmad y sus dos hermanas Zaynab y Hamnah. Junto con ellos se fueron muchos otros de los Bani Asad que desde hacía mucho eran confederados de los Abdu Shams. Hamzah y Zayd se marcharon, dejando por el momento a sus mujeres en la Meca, pero Uthman se llevó consigo a Ruqayyah, mientras que Omar se llevó a su mujer Zaynab, su hija Hafsah y su hijo pequeño Abdallah. El marido de Hafsah, Junays de Sahm, también estaba con ellos. Abu Sabrah, el medio hermano de Abu Salamah, partió acompañado de su esposa, Umm Kulthum, que era hija de Suhayl. Otros primos jóvenes del Profeta que entonces emigraron fueron Zubayr y Tulayb.

En cuestión de poco tiempo todos sus compañeros más íntimos habían abandonado la Meca excepto Abu Bakr y Ali. Abu Bakr le había pedido al Profeta permiso para emigrar, pero éste le había dicho: *“No te precipites en marcharte, porque puede que Allah te dé un compañero”*. Comprendió Abu Bakr con ello que tenía que esperar al Profeta, y dio instrucciones para que alimentasen con hojas de acacia a dos de sus camellos con vistas al viaje de ambos a Yathrib.

El Quraysh hizo cuanto pudo para detener las emigraciones. La otra hija de Suhayl se había ido con su marido Abu Hudhayfah, tal y como habían emigrado a Abisinia anteriormente, pero Suhayl estaba determinado a que esta vez no se le escapase su hijo Abdallah, por lo cual mantuvo una estrecha vigilancia sobre él. Lo mismo le vino a suceder a Hisham, el hijo del líder shamsí As, que igualmente había estado entre los emigrantes a Abisinia. Su hermano Amr era quien había sido enviado por el Quraysh para poner al Negus en contra de los refugiados musulmanes, y Hisham

había sido testigo de su fracaso e incomodidad. Omar, que era el primo de Hisham — sus madres eran hermanas— había dispuesto que ahora viajarían juntos a Yathrib, abandonando la Meca por separado y reuniéndose en los espinos de Adat a unas diez millas al norte de la ciudad. Ayyash de Majzum también tenía que viajar con ellos; pero a la hora y lugar acordados no hubo ninguna señal de Hisham, por lo que Omar y su familia prosiguieron su camino con Ayyash ya que habían acordado que no se esperarían. El padre y el hermano de Hisham se habían enterado de su plan y lo habían retenido por la fuerza, y tanto lo presionaron que incluso al cabo de pocos días lo persuadieron para que renunciase al Islam.

En cuanto a Ayyash, llegó a Yathrib con Omar, pero sus dos medio hermanos, Abu Yahl y Harith, lo siguieron y le dijeron que su madre, que lo era también de ellos dos, había jurado no peinarse ni cobijarse del sol hasta que volviese a verlo. Ayyash se quedó muy preocupado con esto, pero Omar le dijo: *“No quieren nada más que apartarte de tu religión; porque, por Allah, si los piojos molestasen a tu madre, usaría el peine, y si se sintiese agobiada por el calor de la Meca buscaría cobijo”*. Pero Ayyash no quiso escuchar: insistió en volver a la Meca para liberar a su madre de su juramento. También tenía la intención de recuperar algún dinero que había dejado atrás. Pero cuando habían recorrido la mitad del camino Abu Yahl y Harith cayeron sobre él, lo ataron de pies y manos y lo llevaron a casa como prisionero, diciendo cuando entraban en la ciudad: *“¡Oh gente de la Meca, haced con vuestros necios como nosotros hemos hecho con el nuestro!”*. Al igual que Hisham, Ayyash fue inducido a renunciar al Islam, pero en ninguno de los casos esto fue definitivo. Después de un tiempo se encontraban llenos de remordimientos, hasta el punto de suponer que no había expiación posible para un pecado tan grande; y esa era también la opinión de Omar. Pero más tarde vino la Revelación:

***Di: “¡Siervos que habéis prevaricado en detrimento propio! ¡No desesperéis de la misericordia de Alá! Alá perdona todos los pecados. Él es el Indulgente, el Misericordioso”.***

***¡Volveos a vuestro Señor arrepentidos! ¡Someteos a Él antes de que os alcance el castigo, porque luego no seréis auxiliados! ”***

(XXXIX, 53-54)

Omar anotó estas palabras y halló un medio de enviárselas a Hisham, quien dijo: *“Cuando me llegó levanté el escrito junto a mis ojos y lo bajé alejándolo de ellos, pero no podía comprenderlo, hasta que dije: ‘¡Oh Allah!, hazme entenderlo. Entonces Allah puso en mi corazón que había sido revelado por nuestra causa con respecto a lo que decíamos de nosotros mismos y a lo que se decía de nosotros”*. Hisham se lo mostró a Ayyash y los dos renovaron su Islam y esperaron su oportunidad para escapar.

## Una conspiración

Las aparentes renunciaciones de Hisham y Ayyash no fueron más que pequeños triunfos del Quraysh, completamente rebasados por el flujo continuo de emigrantes que les era imposible controlar. Algunas de las casas mayores de la Meca se encontraban ahora sin inquilinos; otras, que habían estado llenas, estaban vacías salvo con una o dos personas ancianas. En la ciudad que tan sólo diez años antes había parecido tan próspera y armoniosa todo había cambiado gracias a este único hombre. Pero mientras que estos sentimientos de tristeza y melancolía iban y venían, existía la conciencia persistente de un peligro cada vez mayor proveniente de esa ciudad del norte donde ahora se estaban agrupando tantos enemigos potenciales; hombres a quienes no les importaban los vínculos de la sangre si entraban en conflicto con su religión. Quienes habían oído al Profeta decir: *"Quraysh, os traigo inmolación"*, nunca lo habían olvidado, aunque cuando lo dijo no parecía que hubiese nada que temer. Pero si él ahora se escapaba, a pesar de la continua vigilancia a la que lo tenían sometido, y se iba a Yathrib, esas palabras podrían demostrar ser algo más que una simple amenaza.

La muerte de Mutim, el protector del Profeta, pareció abrir el camino para la acción y dar un horizonte a sus aspiraciones. Abu Lahab se ausentó deliberadamente de la reunión que los líderes del Quraysh mantenían en la Asamblea. Después de una larga discusión, cuando se habían presentado y rechazado varias sugerencias, se mostraron de acuerdo —algunos con reservas— con el plan ideado por Abu Yahl como la única solución efectiva para su problema. Cada clan tenía que designar a un joven fuerte, digno de confianza y bien relacionado, y, en un momento dado, estos hombres escogidos deberían caer todos juntos sobre Muhammad (saws), asestándole cada uno un golpe mortal para que su sangre fuese derramada por todos los clanes. Los Bani Hashim no podrían enfrentarse con la totalidad de la tribu del Quraysh; aceptarían el dinero manchado de sangre —que les sería ofrecido— en lugar de la venganza. De este modo, por fin, la comunidad se vería libre de un hombre que, mientras había vivido, no les había dado más que desasosiego.

Gabriel se presentó entonces al Profeta y le dijo lo que tenía que hacer. Era mediodía, una hora poco habitual para hacer visitas, pero el Profeta se fue derecho hacia la casa de Abu Bakr; éste supo inmediatamente, en cuanto lo vio a esa hora del día, que algo importante había sucedido. 'Aisha y su hermana mayor Asma estaban con su padre cuando el Profeta entró. *"Dios me ha permitido abandonar la ciudad y emigrar"*, dijo. *"¿Junto conmigo?"*, preguntó Abu Bakr. *"Junto contigo"*, dijo el Profeta. 'Aisha contaba por aquella época siete años de edad. Posteriormente solía decir: *"Yo no había sabido antes de aquel momento que alguien pudiera llorar de alegría, hasta que vi llorar a Abu Bakr por esas palabras"*.

Cuando hubieron elaborado sus planes el Profeta regresó a su casa y le contó a Ali que estaba a punto de partir a Yathrib, ordenándole que se quedase en la Meca hasta que hubiese devuelto a sus propietarios los bienes que habían sido depositados en su casa para su salvaguarda. El Profeta nunca había dejado de ser conocido como Al-Amin, y todavía había muchos incrédulos que le confiaban sus riquezas como no se las confiarían a ningún otro. También le contó a Ali lo que Gabriel le había dicho acerca de la conspiración que el Quraysh había tramado contra él.

Los hombres elegidos para asesinarlo habían quedado en reunirse a la puerta de la casa del Profeta cuando la noche hubiese caído. Mientras se encontraban

esperando a estar congregados todos escucharon el sonido de voces de mujeres procedente de la casa, las voces de Sawda, Umm Kulthum, Fátima y Umm Ayman. Ello les hizo pensar; y uno de los hombres dijo que si franqueaban la tapia e irrumpían en la casa sus nombres serían tenidos por siempre en deshonor entre los árabes por haber violado la intimidad de las mujeres. Decidieron, pues, esperar a que su supuesta víctima saliese, tal y como solía hacer por la mañana temprano, sí es que no antes.

El Profeta y Ali no tardaron en darse cuenta de su presencia, y el Profeta tomó un manto en el que solía dormir y se lo dio a Ali, diciendo: *“Duerme en mi cama y envuélvete en este manto Hadramí verde mío. Duerme con él y ningún mal procedente de ellos podrá alcanzarte”*. Entonces comenzó a recitar el sura que recibe el nombre de sus dos letras iniciales, Ya-Sin; y, cuando llegó a las palabras: ***“Les hemos puesto una barrera por delante y otra por detrás, cubriéndoles de tal modo que no pueden ver”***. (XXXVI, 9), salió de la casa y Dios les privó de la visión de manera que no lo vieron, y pasó a través de ellos y continuó su camino.

Un hombre venía en la dirección contraria, tropezó con él y reconoció al Profeta. Poco después sus pasos le llevaron cerca de la casa del Profeta, y al ver que había hombres a su puerta les gritó que si era a Muhammad (saws) a quien querían no se encontraba allí sino que había salido no hacía mucho. *“¿Cómo podía ser eso?”*, pensaron. Uno de los conspiradores había estado vigilando la casa y había visto al Profeta entrar en ella antes de que los otros hubiesen llegado, y estaban seguros de que nadie había abandonado la casa desde que ellos se encontraban allí. Pero ahora comenzaron a inquietarse. Uno que sabía dónde dormía el Profeta se dirigió a un punto desde el cual pudo ver a través de la ventana, y se aseguró de que alguien estaba durmiendo en el lecho del Profeta, envuelto en un manto. Por consiguiente tranquilizó a sus compañeros diciéndoles que su hombre todavía estaba allí. Pero cuando llegó el alba Ali se levantó y fue hacia la puerta de la casa, aún envuelto en el manto, pudiendo entonces ver ellos quién era, y comenzaron a pensar que de un modo u otro habían sido burlados. Esperaron un poco más; el más fino de los crecientes, que era todo lo que quedaba de la luna menguante del mes de Safar, se había elevado sobre las colinas orientales y ahora comenzaba a palidecer a medida que la luz aumentaba. Seguía sin haber señales del Profeta, y, con un impulso repentino, decidieron ir cada uno a su jefe de clan para dar la alarma.

## La Hégira

Mientras tanto, el Profeta había vuelto con Abu Bakr, y sin pérdida de tiempo salieron a través de una ventana, por la parte trasera de la casa, donde los estaban esperando dos camellos ya ensillados. El Profeta montó en uno de ellos y Abu Bakr en el otro, con su hijo Abdallah detrás de él. Tal y como habían planeado se encaminaron hacia una cueva en el monte Thawr, situado un poco hacia el sur, en el camino del Yemen, porque sabían que en cuanto se descubriese la ausencia del Profeta enviarían pelotones de búsqueda para cubrir todas las afueras del norte de la ciudad. Tras haber recorrido un poco de camino más allá de los alrededores de la Meca, el Profeta detuvo su camello y dijo: *“De toda la tierra de Allah, eres tú el lugar más querido para mí y el más querido para Allah; y si mi pueblo no me hubiera expulsado de ti, no te habría abandonado.”*

Amir ibn Fuhayrah, el pastor que Abu Bakr había comprado como esclavo y que luego había liberado y puesto al cuidado de su rebaño, los había seguido con su rebaño para hacer desaparecer las pisadas. Cuando llegaron a la cueva, Abu Bakr envió a su hijo de vuelta a casa, con los camellos, diciéndole que escuchase lo que se diría en la Meca al día siguiente cuando se descubriera la ausencia del Profeta, y que se lo comunicase a ellos por la noche. Amir debía apacentar sus rebaños como habitualmente lo hacía con los otros pastores durante el día y llevarlos a la cueva por la noche, siempre cubriendo las huellas de Abdallah entre Thawr y la Meca.

La noche siguiente Abdallah volvió a la cueva y con él fue su hermana Asma, llevando alimentos. Sus noticias eran que el Quraysh había ofrecido una recompensa de cien camellos para quien pudiese encontrar a Muhammad (saws) y lo devolviese a la Meca. Ya había jinetes siguiendo todas las rutas normales que iban de la Meca a Yathrib, con la esperanza de dar alcance a ambos, porque se daba por sentado que Abu Bakr acompañaba al Profeta, ya que él también había desaparecido.

Otros, sin embargo, quizás desconocidos para Abdallah, pensaban que tenían que estar ocultos en una de las numerosas cuevas de las colinas que circundan la Meca. Además, los árabes del desierto son buenos rastreadores: incluso cuando un rebaño de ovejas hubiese seguido el camino previamente pisado por dos o tres camellos, el beduino medio adivinaría de un solo vistazo los restos de las huellas mayores de las pezuñas de los camellos, que una multitud de pisadas menores habría borrado. Parecía improbable que los fugitivos estuviesen al sur de la ciudad; con todo, por una recompensa tan generosa había que intentar todas las posibilidades y, ciertamente, las ovejas habían sido precedidas por camellos en aquellos rastros que llevaban en dirección al Thawr.

Al tercer día, el silencio de su santuario de montaña fue roto por el sonido de unas aves —un par de palomas de las rocas, pensaron ellos— arrullándose y aleteando fuera de la cueva. Luego, después de un rato, escucharon el sonido débil de voces humanas, a alguna distancia, por debajo de ellos, pero haciéndose cada vez más audibles, como si los hombres estuviesen escalando la ladera de la montaña. No esperaban a Abdallah hasta después de la caída de la noche y todavía quedaban algunas horas para la puesta del sol, aunque, de hecho, extrañamente, había poca luz en la cueva para la hora del día que se suponía que era. Las voces ya no estaban lejos —cinco o seis hombres por lo menos— y aún continuaban acercándose. El Profeta miró a Abu Bakr y dijo:

***“¡No estés triste! ¡Alá está con nosotros!”***

(IX, 40)

Y luego dijo: *“¿Qué piensas tú de dos cuando Allah es su tercero?”* (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, LVII, 5). Pudieron oír entonces el sonido de las pisadas, que se acercaron y luego se detuvieron: los hombres estaban delante de la cueva. Hablaban con decisión, mostrándose todos de acuerdo en que no había

necesidad de entrar en ella; era imposible que alguien pudiera estar allí. Luego se volvieron hacia el camino por el que habían llegado.

Cuando el sonido de las pisadas y de las voces que se retiraban se hubo desvanecido el Profeta y Abu Bakr salieron a la boca de la cueva. Delante de ellos, casi ocultando la entrada, había una acacia de casi la altura de un hombre que esa misma mañana no se encontraba allí, y sobre el espacio que había quedado entre el árbol y la pared de la cueva una araña había tejido su tela. Miraron a través de la tela de araña y allí, en el hueco de la roca, donde un hombre podría pisar al entrar en la cueva, una paloma de las rocas había hecho su nido y se hallaba sentada cerca como si tuviese huevos, con el macho posado sobre un saliente algo más arriba.

Cuando a la hora que habían convenido oyeron aproximarse a Abdallah y a su hermana apartaron con cuidado la tela que había sido su protección y, procurando no molestar a la paloma, fueron a recibirlos. Amir también había venido, esta vez sin su rebaño. Había traído al beduino a quien Abu Bakr había confiado los dos camellos elegidos para su viaje. El hombre no era creyente aún, pero podía confiarse en él para guardar el secreto y también para que los guiase a su punto de destino a través de senderos apartados tales que sólo un verdadero hijo del desierto conocería. Estaba esperando abajo en el valle con las dos monturas y un tercer camello que había traído para él. Abu Bakr se iba a llevar a Amir detrás de él en su camello, para que se ocupase de las necesidades de ambos. Dejaron la cueva y descendieron por la ladera. Asma, que trajo un saco con provisiones, se había olvidado de llevar cuerda. Se quitó entonces el cinturón y lo dividió en dos trozos de igual longitud, usando uno para asegurar el saco a la silla de su padre y otro lo guardó para ella. Fue así como se ganó el sobrenombre de *"la de los dos cinturones"*.

Cuando Abu Bakr ofreció al Profeta el mejor de los dos camellos, dijo el Enviado de Allah: *"No montaré una camella que no es de mi propiedad"*. *"Pero es tuya, ¡oh Enviado de Allah!"*, respondió Abu Bakr. *"No;"* dijo el Profeta, *"pero ¿qué precio pagaste por ella?"*. Abu Bakr se lo dijo, y él le contestó: *"La tomo por ese precio"*. No insistió más Abu Bakr para que la tomase como presente —aunque el Profeta había aceptado muchos regalos de él en el pasado—, porque ésta era una ocasión solemne. Era la Hégira del Profeta, su ruptura con todos los vínculos de hogar y patria por la causa de Allah. Su ofrenda, el acto de emigrar, tenía que ser completamente suyo, no compartido por otro desde ningún punto de vista. Por consiguiente, la montura sobre la que se iba a realizar el acto tenía que ser suya, pues era parte de su ofrenda. El nombre de la camella era Qaswa, y fue siempre su camella favorita.

Su guía se alejó de la Meca hacia el oeste y un poco hacia el sur hasta que llegaron a las orillas del Mar Rojo. Yathrib está justo al norte de la Meca en línea recta, pero fue solamente en este punto en el que tomaron rumbo norte. El camino costero corre en dirección noroeste y durante unos pocos días lo siguieron. En una de sus primeras noches, mirando a través de las aguas hacia el desierto de Nubia, vieron la luna nueva del mes de Rabi Al-Awwal. *"¡Oh creciente de bien y de guía, mi fe está en Aquél que te creó!"* (Ahmad ibn Muhammad ibn Hanbal, V, 329), diría el Profeta al ver la luna nueva.

Una mañana se sintieron algo consternados: una pequeña caravana se iba aproximando en dirección contraria. Pero sus sentimientos se transformaron en alegría cuando se dieron cuenta de que se trataba del primo de Abu Bakr, Talha, que venía de Siria, donde había comprado telas y otras mercancías con las que iban cargados sus camellos. En su camino de regreso se había detenido en Yathrib, y tenía la intención de volver allí tan pronto como hubiese vendido sus mercancías en la Meca. La llegada del Profeta al oasis, dijo, se esperaba con la mayor impaciencia; y antes de despedirse de ellos les dio a cada uno una muda de ropas de las finas

prendas blancas de Siria que había planeado vender a algunos de los más ricos hombres del Quraysh.

Poco después de su encuentro con Talha viraron en dirección norte, dirigiéndose paulatinamente hacia el interior desde la costa, y luego hacia el noroeste, enfilando por fin el camino directo a Yathrib. En un punto de su viaje el Profeta recibió una Revelación que le decía:

**"Sí, Quien te ha impuesto el Corán, te devolverá a un lugar de retorno. Di:  
"Mi Señor sabe bien quién ha traído la Dirección y quién está  
evidentemente extraviado" "**

(XXVIII, 85)

Poco antes del alba del duodécimo día después de abandonar la cueva llegaron al valle de Aqiq y, cruzando el valle, subieron por las accidentadas laderas del otro lado. Antes de alcanzar la cima el sol estaba bien alto y el calor era intenso. En otras circunstancias se habrían detenido para descansar hasta que los grandes calores del día hubiesen pasado, pero en aquel momento decidieron subir la cresta final de la pendiente, y cuando por fin pudieron contemplar la llanura que bajo su mirada se extendía no era ya cuestión de detenerse. El lugar con el que el Profeta había soñado, *"la tierra bien regada entre dos extensiones de piedras negras"*, yacía ante ellos, y el gris-verde de los palmerales y el verde más tenue de los huertos y jardines se extendían en un punto hasta tres millas al pie de la ladera que habían de descender.

El punto más cercano de verdor era Quba, donde la mayoría de los emigrados de la Meca se había establecido en primer lugar, y donde muchos de ellos permanecían aún. El Profeta dijo a su guía: *"Condúcenos directamente a los Bani Amr en Quba, y no nos acerques todavía a la ciudad"* —porque la parte más densamente poblada del oasis era llamada así—. Esa ciudad habría de ser conocida pronto en toda Arabia, y luego en todas partes, como *"La Ciudad"*, en árabe Al-Madina, en español Medina.

Varios días antes habían llegado al oasis noticias de la Meca sobre la desaparición del Profeta y sobre la recompensa ofrecida por él. La gente de Quba esperaba su llegada todos los días, porque ya se había pasado aquél en el que debería haber llegado; cada mañana pues, después de la plegaria del alba, algunos de los Bani Amr salían a buscarlo, y con ellos iban hombres de otros clanes que habitaban allí al igual que aquellos emigrantes qurayshíes que aún no se habían trasladado a Medina y que salían también en busca de Muhammad (saws). Iban más allá de los campos y de los palmerales hacia la extensión de lava, y después de haber recorrido una cierta distancia se detenían y esperaban hasta que el calor del sol se hacía intenso; entonces volvían a sus hogares. Como cada mañana, aquella también habían salido; sin embargo, para cuando los cuatro viajeros comenzaron su descenso por la ladera rocosa, ellos estaban ya de regreso en sus casas. No hubo en esos momentos ojos fijos mirando hacia esa dirección; pero el sol brillaba sobre las ropas blancas y nuevas del Profeta y de Abu Bakr que se destacaban, con toda intensidad, contra el fondo de piedras volcánicas negro-azuladas; y un judío, que por casualidad en ese momento se encontraba en el tejado de su casa, los vio. Al punto adivinó quiénes tenían que ser, porque los judíos de Quba habían preguntado y les habían contado la razón por la que a tantos de sus vecinos les había dado por salir en grupo hacia el yermo todas las mañanas sin excepción. Gritó entonces con toda su voz: *"¡Hijos de Qaylah, ha llegado, ha llegado!"*. La llamada fue inmediatamente recogida y hombres, mujeres y niños salieron de prisa de sus casas y se dirigieron hacia la franja de verdor que conducía a la extensión de piedra. Pero no tuvieron que ir muy lejos ya que los viajeros habían alcanzado para entonces el palmeral más distante. Fue una explosión de alegría por todas partes, y el Profeta se dirigió a ellos diciendo: *"¡Oh gentes, daos los unos a los otros saludos de Paz; dad de comer al hambriento; honrad los*

*vínculos de parentesco; orad durante las horas en que los hombres duermen! Así entraréis en Paz en el Paraíso". (Ibn Saad, I/i, 159).*

Se decidió que debía alojarse con Kulthum, un anciano de Quba que anteriormente había refugiado en su casa a Hamza y a Zayd cuando llegaron procedentes de la Meca. Los Bani Amr, el clan de Kulthum, eran de los Aws; y fue sin duda en cierto modo para que las dos tribus de Yathrib compartiesen la hospitalidad por lo que Abu Bakr se hospedó con un hombre del Jazrach en el pueblo de Sunh, el cual quedaba un poco más cerca de Medina. Al cabo de un día o dos llegó Ali de la Meca y se quedó en la misma casa que el Profeta. Había tardado tres días en devolver a sus propietarios los bienes que le habían sido depositados.

Muchos fueron los que acudieron entonces a saludar al Profeta. Entre ellos, también algunos judíos de Medina, atraídos más por curiosidad que por buena voluntad. Pero la segunda o tercera noche acudió un hombre cuyo aspecto era diferente al de cualquiera de los demás. Claramente no era ni árabe ni judío. Salman, así se llamaba, había nacido de padres persas zoroástricos en el pueblo de Yayy, cerca de Isfahan, pero se había convertido al cristianismo y se había ido a Siria siendo muy joven. Allí se había vinculado a un obispo santo quien, en el lecho de muerte, le recomendó que fuese a ver al Obispo de Mosul que, como él, era un anciano, pero también el mejor hombre que conocía. Salman partió hacia el norte de Iraq, y éste fue para él el comienzo de una serie de relaciones con ancianos sabios cristianos hasta que el último de éstos, también en el lecho de muerte, le dijo que estaba a punto de llegar el momento en que aparecería un Profeta: *"Será enviado con la religión de Abraham y aparecerá en Arabia donde emigrará de su hogar a un lugar entre dos zonas de lava, un país de palmeras. Sus señales son claras: comerá de un obsequio pero no si es dado como limosna; y entre sus hombros está el sello de la profecía"*. Salman resolvió unirse al Profeta y pagó a un grupo de mercaderes de la tribu de Kalb para que lo llevasen con ellos a Arabia. Pero cuando llegaron a Wadi-l-Qura, cerca del golfo de Aqabah al norte del Mar Rojo, lo vendieron como esclavo a un judío. La visión de las palmeras en Wadi-l-Qura le hizo preguntarse si ésta podría ser la ciudad que estaba buscando, aunque tenía sus dudas. No pasó sin embargo mucho tiempo antes de que el judío lo vendiese a un primo suyo de los Bani Qurayza de Medina, y tan pronto como vio la configuración del terreno no le cupo ninguna duda de que ése era el lugar a donde el Profeta emigraría. El nuevo dueño de Salman tenía otro primo que vivía en Quba, y a la llegada del Profeta este judío de Quba se encaminó hacia Medina con la noticia. Encontró a su primo sentado bajo una de sus palmeras, y Salman, que estaba trabajando en la copa de un árbol, le escuchó decir: *"¡Allah maldiga a los hijos de Qaylah! Todos están ahora congregados en Quba por un hombre que hoy ha llegado a ellos desde la Meca. Afirman que es un Profeta"*. Estas últimas palabras llenaron a Salman de la certeza de que sus esperanzas se habían realizado, y el impacto fue tan grande que todo su cuerpo se vio sacudido por temblores. Temió caerse del árbol, por lo que se bajó, y, una vez en el suelo, comenzó a interrogar con impaciencia al judío de Quba, pero su amo se enfadó y le ordenó volver a su trabajo en el árbol. Esa noche, sin embargo, se marchó sigilosamente llevándose consigo algunos alimentos que había guardado y se fue a Quba. Allí encontró al Profeta sentado con muchos compañeros, nuevos y antiguos. Salman ya estaba convencido; aun así, se acercó a él y le ofreció el alimento, especificando que lo daba en concepto de limosna. El Profeta dijo a sus compañeros que comieran de ello, pero El mismo no comió. Salman esperaba que un día vería el sello de la profecía, aunque haber estado en presencia del Profeta y haberlo escuchado fue bastante para aquel primer encuentro, y regresó a Medina alegre y agradecido.

## La entrada en Medina

El Profeta había alcanzado el oasis el lunes 27 de septiembre del año 622 de la era cristiana. Pronto varios mensajeros pusieron de manifiesto que el pueblo de Medina estaba impaciente por su llegada a la ciudad, por lo que solamente permaneció tres días completos en Quba, durante los cuales puso los cimientos de una mezquita, la primera que se construiría en el Islam. El viernes por la mañana salió de Quba, y a mediodía él y sus compañeros se detuvieron en el valle de Ranuna para hacer la plegaria con el clan jazrachí de los Bani Salim, que los estaba esperando. Fue ésta la primera Plegaria del viernes que se hizo en el país que de ahora en adelante iba a ser su hogar. Algunos de sus parientes de los Bani Al-Nayyar habían venido para recibirlo, y algunos de los Bani Amr lo habían escoltado desde Quba, lo cual hizo que el número de personas reunidas ascendiera a unas cien aproximadamente. Después de la plegaria el Profeta se montó en Qaswa, y Abu Bakr y otros del Quraysh también montaron sus camellos y se encaminaron con él hacia la ciudad. A derecha e izquierda de ellos, vestidos con armadura y con la espada en la mano, cabalgaban hombres de Aws y Jazrach, como guardia de honor y a modo de demostración de que el juramento que le habían prestado no era una palabra vana, aunque todos bien sabían que en aquel momento y en aquel lugar no necesitaba ninguna protección. Jamás había habido un día de mayor regocijo. *“¡Ha llegado el Profeta de Allah!”* era el alegre grito que salía de las gargantas de cada vez más hombres, mujeres y niños que se alineaban a lo largo de la ruta. Qaswa fijaba el paso lento y majestuoso de la procesión a medida que pasaba entre los jardines y palmerales del sur de Medina. Las casas eran todavía pocas y alejadas entre sí, pero gradualmente entraron en distritos con una mayor concentración de construcciones y fueron muchas las invitaciones insistentes que se le hicieron. *“Desciéndete aquí, ¡oh Enviado de Allah!, porque tenemos para ti fuerza, protección y abundancia.”* Más de una vez un hombre o un grupo de gentes del mismo clan tomaron el roncal de Qaswa. Pero en cada ocasión el Profeta los bendijo y dijo: *“Dejadla seguir su camino, porque está bajo el mandato de Allah”*.

En un punto pareció como si la camella se dirigiese hacia las casas de los parientes más cercanos del Profeta de la rama Adi del gran clan jazrachí de Nayyar, porque se volvió hacia la parte oriental de la ciudad, donde vivía la mayoría del clan. Pero pasó de largo junto al lugar donde el Profeta había vivido con su madre siendo niño y junto a todas las restantes casas de los que le eran más próximos, a pesar de los insistentes ruegos para que estableciese su hogar allí. El Profeta les dio la misma respuesta que había dado a los otros, y no tuvieron más remedio que resignarse. Ya había llegado a las casas de la rama Bani Malik de los Nayyar. A este subclán pertenecían dos de los seis hombres que le habían prestado fidelidad el año anterior al primer Aqabah, Asad y Awf y aquí Qaswa se desvió desde el camino hacia un gran patio con tapia que contenía unas pocas palmeras datileras y las ruinas de un edificio. Un extremo había sido usado en otro tiempo como cementerio. Había también un lugar reservado para secar dátiles. Lentamente la camella se abrió camino hacia el recinto en construcción que Asad había establecido como lugar para hacer las plegarias, y allí a su entrada se arrodilló. El Profeta soltó la rienda pero no descabalgó, y después de un momento se levantó Qaswa y pausadamente comenzó a alejarse, pero no habían andado mucho cuando se detuvo, se volvió sobre sus pasos y regresó a donde se había arrodillado primero. Entonces volvió a arrodillarse, y esta vez extendió su cuello contra el suelo. El Profeta se bajó y dijo: *“Esta, si Allah quiere, es la morada”* (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, LXIII).

Preguntó entonces quién era el propietario del patio. Muadh, el hermano de Awf, le dijo que pertenecía a dos muchachos huérfanos, Sahí y Suhayl. Estaban bajo la tutoría de Asad y el Profeta le pidió que se los trajese, pero ellos ya estaban allí y se acercaron al Profeta. Les preguntó si le venderían el patio, y les dijo que

pusiesen un precio, pero ellos contestaron: *"No, te lo damos, oh Enviado de Allah"*. No quiso él sin embargo tomarlo como un obsequio, y con la ayuda de Asad fijó el precio. Mientras tanto Abu Ayyub Jalid, que vivía cerca, había descargado el equipaje y lo había introducido en su casa. Vinieron ahora otros del clan y pidieron al Profeta que fuese su huésped, pero él dijo: *"Un hombre tiene que estar con su equipaje"*. Abu Ayyub había sido el primero del clan en prestar fidelidad en el segundo Juramento de Aqabah. Él y su mujer se retiraron entonces a la parte superior de su casa, dejando el piso bajo para el Profeta, y Asad condujo a Qaswa al patio de su propia casa, que se encontraba muy cerca.

## La nueva casa

Cuando la Mezquita estuvo prácticamente terminada, el Profeta dió instrucciones para que se le añadiesen dos pequeñas viviendas al muro oriental, una para su esposa Sawda y otra para su prometida Aishah. La construcción había durado en total siete meses, y durante ese tiempo se había hospedado con Abu Ayyub. Pero cuando la casa de Sawda estuvo casi a punto envió a Zayd para que la trajese a Medina y, con ella, a Umm Kulthum y a Fatimah. Por su parte, Abu Bakr envió un mensaje a su hijo Abdallah para que trajera a Umm Ruman, Asma y Aisha. Al mismo tiempo, Zayd también se llevó consigo a su esposa Umm Ayman y a su hijito Usamah. También viajó con ellos Talha, habiéndose despojado de todos sus bienes inmuebles y haciendo entonces su hégira. Poco después de la llegada del grupo, Abu Bakr dió a Asma en matrimonio a Zubayr, quien junto con su madre, Safiyyah, ya llevaba viviendo algunos meses en Medina. La hermana de Abu Bakr, Quraybah, se quedó en la Meca para cuidar de su padre, Abu Quhafah, que era anciano y ciego. A diferencia de Quraybah, todavía no había abrazado el Islam.

El Profeta decidió por aquel entonces que, además de Umm Ayman, Zayd debía tener una segunda esposa, más próxima en edad a él, y le pidió a su primo Abdallah, el hijo de Yahsh, la mano de su bella hermana Zaynab. Al principio, Zaynab estaba poco dispuesta, y tenía razones para estarlo, como los acontecimientos pondrían de manifiesto. La razón que ella expuso, que era una mujer del Quraysh, no era convincente. Su madre, Umaymah, de puro linaje qurayshí por ambas partes, se había casado con un hombre de Asad y, dejando a un lado la adopción de Zayd por el Quraysh, no podía decirse que las tribus de sus padres, los Bani Kalb y los Bani Tayy, fuesen inferiores a la de Los Bani Asad. Cuando Zaynab vio que era deseo del Profeta que se casase con Zayd, consintió, y pudo realizarse el matrimonio. Por la misma época su hermana Hamnah fue dada en matrimonio a Musab. Poco tiempo después Umaymah vino a Medina y prestó fidelidad al Profeta.

Muhammad (saws) y sus hijos se fueron entonces a vivir con Sawda, y al cabo de uno o dos meses se decidió que debía celebrarse la boda de 'Aisha. Tenía ella en aquella época solamente nueve años y era una niña de excepcional belleza, como podría esperarse por su familia. El Quraysh había dado a su padre el nombre de Atiq, y algunos decían que esto se debía a su hermoso rostro (Ahmad ibn Muhammad ibn Hanbal, 161). De su madre el Profeta había dicho: *"Quien desee contemplar una mujer de las Huríes de grandes ojos del Paraíso, que mire a Umm Ruman."* (Ibn Saad, VII, 202). Para Aisha, desde hacía tiempo, el Profeta se había convertido en una persona muy cercana y muy querida, y se había acostumbrado a verlo diariamente, salvo durante los pocos meses en que él y su padre ya habían emigrado, mientras ella y su madre aún permanecían en la Meca. Desde sus años más tiernos había visto a su padre y a su madre tratarlo con un amor y una reverencia que no daban a ninguna otra persona. No habían dejado de inculcar en ella las razones de esto: sabía Aisha que él era el Enviado de Allah, que regularmente hablaba con el arcángel Gabriel y que era único entre los hombres vivos porque había ascendido al cielo y regresado de allí a la tierra. Su sola presencia hablaba de ese ascenso y comunicaba algo de la dicha del Paraíso. En su contacto milagroso esta dicha era incluso tangible. Cuando otros eran abrumados por el calor, su mano se mantenía *"más fría que la nieve y más fragante que el almizcle"* (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, LXI, 22). Además, parecía eternamente joven, como un inmortal. Sus ojos no habían perdido nada de su brillo, su cabello y barba negros tenían aún el lustre de la juventud y su cuerpo poseía la gracia de un hombre cuya edad fuera solamente la mitad de los cincuenta y tres años que habían pasado desde el año del elefante.

Se hicieron pequeños preparativos para la boda —no los suficientes, de cualquier forma, para que Aisha hubiera tenido la sensación de una ocasión grande y solemne—, y poco antes de la hora en que debían abandonar la casa Aisha se había escabullido al patio para jugar con una amiga de paso. En sus propias palabras: *“Estaba jugando en un balancín y mi larga cabellera ondulada estaba suelta. Vinieron, me quitaron del juego y me prepararon”* (Ibn Saad, VIII, 40-41).

Abu Bakr había comprado tela fina listada en rojo de Bahrayn, y con ella se le había hecho un traje de bodas a Aisha. Ahora fue vestida con él. Luego, su madre la llevó a la casa recién construida, donde afuera la estaban esperando algunas mujeres de los Ansar. La saludaron con las palabras *“Por el bien y por la felicidad, — ¡que todo salga bien! —”* y la condujeron a la presencia del Profeta. Permaneció él allí, sonriendo, mientras arreglaban el pelo de Aisha y la engalanaban con ornamentos. A diferencia de sus otros matrimonios, no hubo en éste banquete de bodas. El acontecimiento fue celebrado lo más sencillamente posible. Fue presentado un tazón de leche y el Profeta, después de beber de él, se lo ofreció a Aisha, que rehusó tímidamente. Cuando le insistió para que bebiera ella lo hizo, y ofreció el cuenco a su hermana Asma, que estaba sentada a su lado. También bebieron otros; después cada cual se fue a sus asuntos, y dejaron al novio y la novia solos.

Durante los últimos tres años apenas había pasado un día sin que una o más de las amigas de Aisha acudieran a jugar con ella en el patio contiguo a la casa de su padre. Su mudanza a la casa del Profeta no cambió nada sobre este particular. Las amigas venían ahora todos los días para visitarla en su propio aposento — amigas nuevas hechas desde su llegada a Medina y también algunas de las antiguas cuyos padres, como los suyos, habían emigrado —. *“Permanecía jugando con mis muñecas”,* decía Aisha, *“con mis amigas, y el Profeta entraba y ellas salían sigilosamente de la casa. Salía entonces él en pos de ellas y las traía de vuelta, porque por mi causa a él le agradaba que estuvieran allí”* (Ibn Saad, VIII, 42). Algunas veces él decía *“permanezcan donde estáis”* antes de que tuvieran tiempo de moverse. En algunas ocasiones él también se unía a sus juegos, porque le encantaban los niños y a menudo había jugado con sus hijas. Las muñecas desempeñaban diferentes funciones. *“Un día”,* dijo Aisha, *“el Profeta entró cuando estaba jugando con las muñecas y dijo: ‘Oh Aisha, ¿qué juego es éste?’ Yo respondí: ‘Son los caballos de Salomón’ y él se rió”* (Ibíd. 41). Pero en otras ocasiones, cuando el Profeta entraba, simplemente se ocultaba en su manto para no molestarlas.

La vida de Aisha también contaba con su faceta más seria. Yathrib tenía fama en toda Arabia de ser un lugar donde en determinadas estaciones existía un gran peligro de contraer fiebre, especialmente si no se era nativo del oasis. El Profeta escapó de la fiebre, pero ésta atacó con rigor a muchos de sus Compañeros, incluido Abu Bakr y sus dos libertos Amir y Bilal, que en aquella época vivían con él. Una mañana Aisha fue a visitar a su padre y quedó desolada al encontrar a los tres hombres acostados y extremadamente débiles. *“¿Cómo estás, padre mío?”,* le dijo; pero él se encontraba demasiado enfermo para adaptar su respuesta a una niña de nueve años, y le respondió con unos versos:

*“A cada hombre cada mañana sus parientes  
lo saludan deseándole buen día,  
y sin embargo tiene a la muerte más cerca  
que la correa de su sandalia.”*

Pensó ella que su padre no sabía lo que estaba diciendo y se volvió hacia Amir, que también respondió en verso, queriendo decir que aun sin estar realmente muriéndose había estado tan cerca de la muerte como para saber cómo era. Mientras tanto, Bilal había quedado libre de fiebre, aunque todavía se encontraba demasiado débil para hacer nada excepto permanecer tumbado en el patio de la casa. Sin embargo, su voz tuvo la fuerza suficiente para permitirle cantar:

*“¡Ah!, ¿volveré alguna vez a dormir por la noche  
entre el tomillo y los nardos que fuera  
de la Meca crecen?  
¿Y beberé las aguas de Mayannah<sup>(1)</sup>  
y veré ante mí Shamah y Tafil?<sup>(2)</sup>”*

Aisha volvió a casa profundamente afligida. “Están delirando”, dijo, “por el calor de la fiebre”. El Profeta se tranquilizó algo cuando, con la memoria retentiva de un niño, ella le repitió prácticamente palabra por palabra las líneas que habían pronunciado y que ella no había comprendido plenamente. Fue en aquella ocasión cuando el Profeta hizo la petición: “¡Oh Allah!, haznos Medina tan querida como nos has hecho la Meca, o incluso más querida. Y bendice para nosotros sus aguas y su grano y aleja de ella su fiebre por lo menos hasta Mahyaah<sup>(3)</sup>” (Ibn Ishaq, 414). Y Allah atendió su plegaria.

---

(1) Un lugar cercano a la Meca.

(2) Dos colinas de la Meca.

(3) Un lugar a unos siete días de camello al sur de Medina.